



*el Que
Mundo
Su OIGA
Voz*



Documentos

Periódicos

de Lausanne N° 2

Informe de la

Consulta de Willowbank

**El Evangelio
y la Cultura**

El Evangelio y La Cultura - Informe Willowbank

Índice:	Pág
1. La base bíblica de la cultura	3
2. Definición de cultura	4
3. La cultura en la revelación bíblica	5
El carácter de la inspiración bíblica	6
Forma y significado	6
El carácter normativo de la Escritura	7
El condicionamiento cultural de la Escritura	7
La obra continua del Espíritu Santo	7
4. La comprensión actual de la Palabra de Dios	8
Modos tradicionales de comprensión	8
El modo contextual de aproximación	8
La comunidad de aprendizaje	9
Los silencios de la Escritura	9
5. El contenido y la comunicación del Evangelio	10
La Biblia y el Evangelio	10
El corazón del Evangelio	10
Barreras culturales a la proclamación del Evangelio	11
Sensibilidad cultural en la comunicación del Evangelio	11
El testimonio cristiano en el mundo islámico	12
Resultados que pueden esperarse	12
6. ¿Se buscan mensajeros humildes del Evangelio!	13
Análisis de la humildad misionera	13
La encarnación como modelo para el testimonio cristiano	14
7. Conversión y Cultura	16
El carácter radical de la conversión	16
El Señorío de Jesucristo	17
El convertido y su cultura	18
Enfrentamiento de poderes	18
Conversiones individuales y en grupos	19
¿Es repentina o gradual la conversión?	19
8. Iglesia y cultura	20
Antiguas Perspectivas	20
El modelo de equivalencia dinámica	21
La libertad de la Iglesia	22
Estructura de poder y misión	23
El peligro del provincialismo	24
El peligro del sincretismo	25
La influencia de la iglesia sobre la cultura	26
9. Cultura, ética cristiana y estilo de vida	28
Cristocentrismo y semejanza a Cristo	28
Niveles morales y prácticas espirituales	28
El proceso del cambio cultural	29
Conclusión	30

El texto del Informe fue digitado por Dña. Kathya Ramirez, de Costa Rica, siguiendo el original impreso.

EL PROCESO DE... comunicación del Evangelio no puede aislarse de la cultura humana de la cual procede, ni de aquella en la que ha de ser proclamado. Este hecho constituyó una de las preocupaciones del Congreso de Lausana sobre la Evangelización Mundial en Julio de 1974. Por ello el Grupo de Teología y Educación de la Comisión de Lausana convocó a una consulta sobre este tema en Enero de 1978. Dicha consulta reunió a 33 teólogos, antropólogos, lingüistas, misioneros y pastores de los seis continentes para estudiar “El Evangelio y la Cultura”. La consulta fue co-auspiciada por el Grupo de Trabajo sobre Estrategia de la Comisión de Lausana y se propuso cuatro metas:

1. Desarrollar nuestra comprensión de la interrelación del evangelio y la cultura, con especial referencia a la revelación de Dios a nuestra interpretación y comunicación de la misma, y a la “respuesta de quienes la escuchen en su conversión, sus iglesias, y su estilo de vida.
2. Reflexionar críticamente sobre las implicancias de la comunidad del evangelio transculturalmente.
3. Identificar las herramientas necesarias para una comunicación mas adecuada del Evangelio.
4. Compartir los frutos de la consulta con’ líderes cristianos en iglesias y misiones.

Este Informe refleja el contenido de 17 trabajos escritos que circularon anticipadamente, de resúmenes de los mismos, de reacciones que se expresaron durante la consulta y de muchos puntos de vista expresados en las discusiones plenarias y de grupo. El programa de los seis días fue muy denso, y trabajamos a presión. Como consecuencia, no hubo oportunidad para explorar cuestiones metodológicas básicas sobre los procedimientos y los supuestos previos de la teología y las ciencias sociales, ni sobre la forma de relacionarlas entre sí. Hubo momentos en que las discusiones reflejaron claramente este hecho. Además, muchas de las cuestiones que se plantearon tuvieron que dejarse a un lado, y muchos debates específicos tuvieron que ser excluidos a medida que íbamos avanzando. Tenemos conciencia, por lo tanto, de que, hasta cierto punto, lo que decimos reviste carácter provisional, y que tal vez haya que agudizarlo y profundizarlo en diversos aspectos a la luz de trabajos posteriores.

Además de esto, hemos debido recurrir a numerosas generalizaciones; es preciso estudiar mis casos concretos a fin de ver cómo se relacionan con las situaciones específicas. Antes de que concluyera la consulta, nos dedicamos a trabajar en conjunto en la preparación de un borrador de informe y en su revisión. El documento final es un Informe, y no una Declaración (o Manifiesto); por ello no lleva nuestras firmas. Pero lo distribuimos como una síntesis de lo que ocurrió en Willowbank y lo recomendamos a nuestros hermanos en la fe cristiana en todo el mundo, para su estudio y la acción correspondiente.

1. La base bíblica de la cultura

“Siendo el hombre criatura de Dios, parte de su cultura es rica en belleza y bondad. Dado que el hombre es un ser caído, toda su cultura está manchada con pecado y parte de ella es demoníaca” (Pacto de Lausana, párrafo 10). Dios creó al ser humano como hombre y mujer, a su propia imagen. Por ello les dotó de facultades característicamente humanas (racionales, morales, sociales, creadoras y espirituales).

También le mandó que tuviesen hijas, que llenaran la tierra y la subyugaran (Gn. 1: 26-28). Estos mandamientos divinos constituyen el origen de la cultura humana. Porque el control de la naturaleza (es decir, del medio ambiente) y el desarrollo de formas de organización social constituyen elementos básicos para la cultura. En la medida en que empleamos nuestras faculta-

des creativas para obedecer los mandamientos de Dios, le glorificamos, servimos a los demás y cumplimos una parte importante de nuestro destino en la tierra.

Pero somos seres caídos. Todas nuestras labores van acompañadas de sudor y lucha (Gn 3:17-19), y son “distorsionadas por el egoísmo. De manera que ningún aspecto de nuestra cultura es perfecto en verdad, belleza y bondad. En el centro de toda cultura, sea que lo identifiquemos como religión o cosmovisión, hay un elemento de egocentrismo, del culto que el hombre se rinde a sí mismo. Por consiguiente una cultura no puede ser sometida al Señorío de Cristo sin un cambio radical de lealtad.

Pero, a pesar de todo esto, sigue en pie la afirmación de que hemos sido hechos a la imagen de Dios (Gn 9: 6 / Santiago 3: 9) aun cuando tal semejanza con la divinidad haya sido distorsionada por el pecado. Y Dios sigue esperando que actuemos como mayordomos sobre la tierra y sus criaturas (Gn 9: 1-3, 7) y en su gracia universal hace que todos puedan tener capacidad inventiva, iniciativa y éxito en sus actividades. Así, cuando Génesis 3 registra la caída de la humanidad, y Génesis 4 el asesinato de Abel por Caín, es a los descendientes de Caín a quienes se describe como innovadores culturales, que edifican ciudades, crían ganado y hacen instrumentos musicales y herramientas de metal (Gn 4: 17-22)

Muchos cristianos evangélicos hemos adoptado en el pasado una actitud demasiado negativa hacia la cultura. Nos olvidamos de la naturaleza caída y perdida del ser humano que hace necesaria la salvación en Cristo. Pero queremos comenzar este Informe con una afirmación positiva de la dignidad humana y de los logros culturales de la humanidad. Dondequiera que los seres humanos desarrollan su organización social, su arte y su ciencia, su agricultura y su tecnología, se creatividad refleja la de su Creador.

2. Definición de cultura

El término “cultura” no puede ser definido fácilmente. En el sentido más amplio, significa simplemente el patrón que sigue un determinado grupo. Para que haya algún tipo de vida en común y cierto grado de acción colectiva, tiene que haber acuerdo, ya sea oral o escrito, acerca de un gran número de elementos. Pero el término “cultura” no se utiliza generalmente a menos que se esté tratando sobre una unidad mayor que la familia, en su sentido restringido o más extenso.

La cultura implica cierta medida de homogeneidad. Pero, si la unidad es superior al clan o a la tribu pequeña, la cultura correspondiente ha de incluir en su seno una cantidad de subculturas, y de subculturas de subculturas, entre las que puede coexistir una gran variedad y diversidad. Si las variaciones sobrepasan determinado límite, habrá surgido una contracultura, lo que puede llegar a constituir un proceso destructivo.

La cultura une a la gente por un lapso. Se la recibe del pasado, pero no por un proceso de herencia natural. Cada generación tiene que aprenderla por sí misma. Dicho aprendizaje se efectúa en líneas generales por un proceso de absorción del medio social, especialmente en el hogar. En muchas sociedades, ciertos elementos culturales se comunican directamente mediante ritos de iniciación, y por medio de muchas otras formas de instrucción deliberada. Generalmente, la acción en conformidad a la cultura se realiza en el nivel subconsciente.

Esto quiere decir que una cultura aceptada cubre todos los aspectos de la vida humana. En su centro hay una cosmovisión, es decir, una comprensión general del carácter del universo y del lugar que se ocupa en él. Dicha comprensión puede ser “religiosa” (relativa a Dios o a dioses y espíritus, y a nuestra relación con ellos), o puede expresar un concepto “secular” de la realidad, como en la sociedad marxista.

De esta cosmovisión básica surgen tanto las normas de juicio o valores (sobre qué es bueno en el sentido de deseable, que es aceptable de acuerdo con la voluntad general de la comunidad,

y de los conceptos contrarios), así como las normas de conducta (concernientes a las relaciones entre los individuos, los sexos y las generaciones, con la comunidad y con los que están fuera de ella).

La cultura está íntimamente ligada al lenguaje y se expresa en proverbios, mitos, cuentos populares y diversas formas de arte, que constituyen parte del equipo mental de todos los miembros del grupo, gobierna las acciones que se desarrollan comunitariamente: acciones de culto o de bienestar general; leyes y administración de la justicia; actividades sociales como danzas y juegos; unidades de acción menores como clubes y sociedades y asociaciones para una inmensa variedad de fines comunes.

Las culturas jamás son estáticas, sino que están en continuo proceso de cambio, pero dicho proceso debe ser tan gradual como para que se lleve a cabo en el marco de las normas aceptadas; de otro modo se produce una quiebra en la cultura. La mayor sanción que se puede imponer al rebelde es la exclusión de la comunidad social en su definición cultural. Hombres y mujeres necesitan una existencia unificada. Su participación en una cultura es uno de los factores que les proporcionan un sentido de pertenecer a algo. Les da un sentido de seguridad, de identidad, de dignidad, de ser parte de un todo mayor y de compartir tanto la vida de generaciones anteriores como las expectativas de la sociedad con respecto a su propio futuro.

En la Biblia se pueden encontrar puntos claves para la comprensión de la cultura humana en la triple dimensión de pueblo, tierra e historia, en los que centra su atención el Antiguo Testamento. Lo étnico, lo territorial y lo histórico (quiénes somos, dónde estamos, de dónde venimos) aparecen allí como la triple fuente de las formas de vida económica, ecológica, social y artística de Israel, de las formas de trabajo y producción, y para ello de riqueza y bienestar.

Este modelo proporciona una perspectiva para la interpretación de todas las culturas. Quizá podamos intentar condensar estos diversos significados como sigue: la cultura es un sistema integrado de creencias (sobre Dios, la realidad o el sentido final), de valores (sobre que es verdadero, bueno, hermoso y normativo), de costumbres (cómo comportarnos, relacionarnos con los demás, hablar, orar, vestirnos, trabajar, jugar, comerciar, comer, realizar tareas agrícolas, etc.), y de instituciones que expresan dichas creencias, valores y costumbres (gobierno, tribunales, templos o iglesias, familia, escuelas, hospitales, fábricas, negocios, sindicatos, clubes, etc.), que unen a la sociedad y le proporcionan un sentido de identidad, de dignidad, de seguridad y de continuidad.

3. La cultura en la revelación bíblica

La autorrevelación personal de Dios en La Biblia fue dada en términos de la cultura propia de los oyentes. Por eso nos hemos preguntado qué luz arroja sobre nuestra tarea de comunicación transcultural en el día de hoy.

Los escritores bíblicos hicieron un uso crítico de cualquier material cultural que tenían a su disposición para la expresión de su mensaje. Por ejemplo, el Antiguo Testamento se refiere varias veces al monstruo marino babilónico denominado “Leviatán” a la vez que la forma del “pacto” de Dios con su pueblo se asemeja al antiguo “tratado” del soberano hitita con sus vasallos.

Los escritores también hacían uso incidental de las imágenes conceptuales del universo “en tres pisos”, si bien no afirmaban con ello una cosmogonía precopernicana. Nosotros hacemos algo parecido cuando decimos que el sol “sale” y “se pone”.

Del mismo modo, el lenguaje y los patrones de pensamiento del Nuevo Testamento están permeados tanto en la cultura judaica como griega, y Pablo parece haber hecho uso del vocabulario de la filosofía griega. Pero el proceso por el cual los autores bíblicos tomaron palabras e imágenes de su ambiente cultural, y las usaron creativamente estaba bajo el control del Espíritu Santo, de modo que las depuraron de implicaciones falsas o perversas y por lo tanto, transforma-

ron en vehículo de verdad y bien.

Estos hechos indudables plantean una cantidad de interrogantes con los que nos hemos enfrentado. Mencionamos cinco:

El carácter de la inspiración bíblica

¿Es incompatible con la inspiración divina el que el autor bíblico haga uso de las palabras e ideas de su propia cultura? No. Hemos tomado nota de los diferentes géneros literarios de la Escritura, y de las diferentes formas del proceso de inspiración que implican. Por ejemplo, hay una clara distinción formal entre la obra de los profetas, al recibir visiones y palabras del Señor y la de los historiadores y autores de cartas. Y, sin embargo, el mismo Espíritu inspiró a todos las escritas de un modo único. Dios se valió del conocimiento, la experiencia y el trasfondo cultural de los autores (aunque su revelación invariablemente trascendía dichos elementos), y en cada caso el resultado fue el mismo, a saber, la palabra de Dios por medio de palabras humanas.

Forma y significado

Toda comunicación tiene tanto un significado (qué queremos decir) y una forma (como lo decimos). Forma y significado siempre van juntos, tanto en la Biblia como en otros libros y dichos. ¿Cómo ha de traducirse, entonces, un mensaje de una lengua a otra?

La traducción literal de la forma (“correspondencia formal”), puede ocultar o distorsionar el significado. En tales casos, lo mejor es encontrar en la otra lengua una expresión que haga en los oyentes actuales un impacto equivalente al que hizo el texto original. Esto puede requerir el cambio de la forma a fin de preservar el sentido. Esto se llama “equivalencia dinámica”.

Consideremos por ejemplo, la traducción de Romanos 1: 17 en la VRV que afirma que en el evangelio “la justicia de Dios se revela por fe y para fe”. Aquí tenemos una versión literal del original griego, vale decir, una traducción de “correspondencia formal”. Pero sin aclarar adecuadamente el significado de las expresiones griegas “justicia” y “por fe y para fe”. Una traducción como la que ofrece la versión popular “Dios llega al hombre”. “Este mensaje nos muestra cual es la manera como Dios nos pone en la debida relación con el mismo, es por la fe y solamente por la fe”, abandona el principio de la correspondencia directa, palabra por palabra entre el griego y el idioma al que se traduce, pero expresa el significado de la frase original en forma mas adecuada. Es muy posible que el intento de lograr esta “equivalencia dinámica” haga que el traductor llegue a una comprensión mas profunda de la Escritura, a la vez que proporcionará el lector de otra lengua, un texto con más significado.

Sin embargo, algunas de las formas bíblicas (palabras, imágenes, metáforas), han de retenerse, porque constituyen símbolos constantes e importantes en la Escritura (por ejemplo: cruz, cordero, copa). Al mismo tiempo que retienen la forma, los traductores procurarán que se destaque el significado.

Por ejemplo, en la traducción de Mr 14: 36 en la versión popular en inglés “retire esta copa de sufrimiento de mi lado” - se retiene la forma (es decir, la figura de la “copa”), pero se agregan las palabras “de sufrimiento” a fin de clarificar el significado. (En la VP castellana, no se retiene la forma, sino que dice “trago”, pero si se ha agregado “amargo”. N.d.t.)

Dado que escribían en griego, los autores neotestamentarios usaron palabras que tenían un largo historial en el mundo secular, pero les confirieron un significado cristiano, como cuando Juan se refirió a Jesús como “el logos”. Era un procedimiento peligroso, porque “logos” tenía una gran variedad de significados en la literatura y la filosofía griega y, por lo tanto, la palabra indudablemente retenía asociaciones no cristianas. Por ello, Juan ubicó el titulo dentro de un contexto didáctico, afirmando que el logos era en el principio, era con Dios, era Dios, era el agente de la creación, era la luz y la vida de los hombres, y se hizo humano (Jn. 1: 1-14)

En forma semejante, algunos cristianos de la India se han arriesgado a tomar prestada la

palabra sánscrita “avatar” (descanso), usada en el hinduismo para las así llamadas “encarnaciones” de Visnú, y la han aplicado, con cuidadosas salvedades explicativas, a la encarnación Única y sin igual de Dios en Jesucristo. Pero otros se han negado a hacerlo, con el argumento de que no hay salvedades que puedan evitar adecuadamente las malas interpretaciones.

El carácter normativo de la Escritura

El Pacto de Lausana declara que la Escritura es “sin error, en todo lo que afirma” (párrafo 2). Esto nos impone la seria tarea exegética de discernir exactamente qué es lo que afirma la Escritura. El significado esencial del mensaje bíblico debe mantenerse a toda costa, Si bien en aras de la comunicación transcultural pueden cambiarse por otras algunas de las formas originales en que fue expresado dicho significado, creemos que ellas también tienen cierta cualidad normativa. Porque Dios mismo las eligió como vehículos perfectamente apropiados para su revelación. De manera que toda nueva formulación y explicación, en cada generación y cultura, debe ser controlada con el original a fin de asegurar su fidelidad.

El condicionamiento cultural de la Escritura

No hemos podido dedicar todo el tiempo que hubiéramos querido dedicar al problema del condicionamiento cultural de la Escritura. Estamos de acuerdo en que algunos mandamientos bíblicos (por ejemplo, en relación con el velo de las mujeres en público y el lavado de los pies unos a otros), se refieren a costumbres culturales que, en muchas partes del mundo, son obsoletas en la actualidad. Al enfrentar tales textos, creemos que la respuesta adecuada no es una obediencia literal esclavizante ni una indiferencia irresponsable, sino, más bien, primero, el discernimiento crítico del significado profundo del texto, y, luego, la traducción del mismo en términos de nuestra propia cultura, Por ejemplo, el significado profundo del mandamiento de lavamos los pies unos otros es el de que el amor mutuo debe - expresarse en servicio humilde.

De modo que, en algunas culturas, podríamos limpiarnos los zapatos unos a otros. Queremos que quede claro que el propósito de tales “transposiciones culturales” no ha de tener el sentido de eludir la obediencia, sino más bien de hacerla más actualizada y auténtica. La polémica cuestión del status de la mujer no fue debatida en nuestra consulta. Pero reconocemos la necesidad de llegar a una comprensión del problema que intenta hacer justicia con integridad a toda la enseñanza bíblica, y que vea las relaciones entre hombres y mujeres como algo que al tiempo que esté enraizado en el orden creado, ha sido maravillosamente transformado por el nuevo orden que introdujo Jesús.

La obra continua del Espíritu Santo

¿Nuestro énfasis en la finalidad y la normatividad permanente de la Escritura significa que pensamos que el Espíritu Santo haya dejado de actuar? No, por cierto que no. Pero sí que ha cambiado el carácter de su ministerio docente. Creemos que ha terminado su obra de “inspiración”, en el sentido de que el canon de la Escritura está cerrado, pero que su obra de “iluminación” continúa tanto en cada conversión (por ejemplo, 2 Co. 4: 6), como en la vida del cristiano y de la iglesia. De modo que necesitamos orar constantemente para que El alumbre los ojos de nuestro corazón, a fin de que podamos conocer la plenitud de la voluntad de Dios para nosotros (Ef 1: 17 ss.), y no seamos temerosos sino valientes para tomar decisiones y encarar tareas nuevas en el día de hoy.

Somos conscientes de que, con frecuencia, la experiencia de que el Espíritu Santo, revela la aplicación de la verdad de Dios a la vida personal y eclesial, es menos vívida de lo que debiera serlo; en este punto todos necesitamos una apertura más sensitiva.

Preguntas para discutir

- 1. *Los mandatos de Génesis 1: 26-28 a veces son denominados como el “mandato cultural” que Dios dio a la humanidad. ¿Con qué grado de responsabilidad es cumplido hoy?*

2. *A la luz de la definición de cultura en la sección 2, ¿cuáles son los principales elementos distintivos de nuestra propia cultura?*
3. *Quien conozca dos idiomas, construya una cláusula en uno y luego trate de encontrar una traducción de “equivalencia dinámica” en el otro.*
4. *De dos ejemplos de “transposición cultural” (ver 3d) que preserven el “significado íntimo” del texto bíblico, pero en forma tal que haya sido trasladado a nuestra propia cultura.*

4. La comprensión actual de la Palabra de Dios

El factor cultural está presente no solo en la autorrevelación de Dios en la Escritura, sino también en nuestra interpretación de ella. Pasemos ahora a este tema. A todos los cristianos les interesa conocer la Palabra de Dios, pero hay diversos modos de intentar lograrlo.

Modos tradicionales de comprensión

El modo más común es el de acercarnos directamente a las palabras del texto bíblico y estudiarlas sin captar que el contexto cultural del autor difiere del de el lector. El lector interpreta el texto como si hubiera sido escrito en su propia lengua, cultura y época.

Reconocemos que parte de la Escritura puede leerse y entenderse de este modo, especialmente si la traducción es buena. Porque la intención de Dios es que su palabra fuese para la gente común; no ha de considerarse como algo reservado a eruditos; las verdades centrales de la salvación están claramente al alcance de todos; la Escritura es útil para “enseñar y reprender, para educar en una vida de rectitud” (2 Ti 3: 16 VP) y el Espíritu Santo nos ha sido dado para sea nuestro maestro.

Sin embargo, la debilidad de esta aproximación “popular” está en que no procura entender primeramente el texto en su contexto original y, por consiguiente, corre el riesgo de perder el significado real que Dios quiso darle y sustituirlo por otro.

Un segundo modo toma con la debida seriedad el contexto histórico y cultural originales. Procura además descubrir lo que significaba el texto en su lengua original y cómo se relaciona con el resto de la Escritura. Todo esto es una disciplina básica, porque Dios dirigió su palabra a un pueblo en particular en un contexto y en una época determinados. De modo que nuestra comprensión del mensaje de Dios aumentará cuando nos adentramos profundamente en estas cuestiones.

Sin embargo, la debilidad de este modo de aproximación “histórico” está en que deja de considerar lo que la Escritura puede estar diciendo al lector contemporáneo. Se queda con el significado de la Biblia en su época y cultura originales, Por lo tanto, puede limitarse al análisis del texto sin aplicarlo, y adquirir conocimiento sin obediencia, El intérprete puede también tender a exagerar la posibilidad de una objetividad total y a pasar por alto sus propios supuestos culturales.

El modo contextual de aproximación

Un tercer modo comienza combinando los elementos positivos de las modas “populares” e históricas. Del “histórico” toma la necesidad de estudiar el contexto y la lengua originales, y del “popular” la necesidad de escuchar la Palabra de Dios y de Obedecerle. Pero va todavía más lejos. Toma en serio el contexto cultural del lector contemporáneo, además del contexto del texto bíblico, y reconoce que debe entablarse un diálogo sobre los dos.

Queremos recalcar la necesidad de esta interacción dinámica entre texto e intérprete. Los lectores actuales no pueden acercarse al texto en medio de un vacío personal, ni deben intentarlo. En cambio, deben acercarse conscientes de los problemas que surgen de su trasfondo cultural, da su situación personal y de su responsabilidad hacia las demás.

Esta preocupación ha de influir en las preguntas que se plantean a la Escritura. No obstante, lo que se recibirá como respuesta no serán solo tales, sino también más preguntas. A medida que nos dirigimos a la Escritura, la Escritura también se dirige a nosotros. Encontramos un desafío a nuestros supuestos culturalmente condicionados y una corrección a nuestras preguntas. En efecto, nos vemos obligados a reformular las preguntas que hemos hecho y a plantear interrogantes nuevas. De esta manera, se desarrolla una interacción viva.

En este proceso de interacción se irán profundizando continuamente nuestro conocimiento de Dios y nuestra respuesta a su voluntad. Cuanto más lleguemos a conocerle, mayor se hace nuestra responsabilidad de obedecerle en nuestra propia situación, y cuanto más respondemos en obediencia, tanto más él se nos da a conocer.

Este continuo crecimiento en conocimiento, amor y obediencia, constituye el propósito y el beneficio del método “contextual” A partir del contexto en que se dio originalmente su palabra, oímos que, Dios nos habla en nuestro contexto actual, y esto llega a ser una experiencia transformadora. Este proceso es una especie de espiral ascendente en la que la Escritura mantiene siempre una posición central y normativa.

La comunidad de aprendizaje

Queremos destacar que la tarea de entender la Escritura corresponde no solamente a individuos sino a la totalidad de la comunidad cristiana, vista como una comunidad contemporánea e histórica. Existen muchas maneras en que una iglesia local o regional puede llegar a discernir la voluntad de Dios en su propia cultura hoy. Cristo sigue designando pastores y maestros en su iglesia. Y en es puesta a la oración expectante, habla a su pueblo, especialmente por la predicación de su palabra en el contexto del culto. Además, la enseñanza y exhortación recíproca (Col. 3:16), tienen su lugar, tanto en estudios bíblicos en grupos como mediante la consulta a iglesias hermanas, como lo tiene la practica de escuchar silenciosamente la voz de Dios en la Escritura, lo cual constituye un elemento indispensable en la vida cristiana del creyente.

La iglesia es también una comunidad histórica, que ha recibido del pasado una rica herencia de teología, liturgia y devoción cristianas. Ningún grupo de creyentes puede ignorar dicha herencia sin correr el riesgo de empobrecerse espiritualmente. Al mismo tiempo, esta tradición no ha de ser aceptada en forma acrítica, ya sea que nos llegue en forma de un conjunto de características denominacionales, o de cualquier otra forma, sino que ha de ser confrontada con la Escritura que declara interpretar. Tampoco ha de ser impuesta a iglesia alguna, sino más bien facilitada a quienes puedan utilizarla como valioso material al que echar mano, para contrarrestar el espíritu de independencia y como vínculo con la iglesia universal

De modo que el Espíritu Santo instruye a su pueblo mediante una variedad de maestros, tanto del pasado como del presente. Nos necesitamos unos a otros. Podemos comenzar a comprender toda la dimensión del amor de Dios únicamente “con todos los santos” (Ef 3: 18-19). El Espíritu “ilumina la mente del pueblo de Dios en todas las culturas para percibir su (la de la Escritura) verdad nuevamente por sus propios ojos, y de este modo revela a toda la iglesia cada vez más la multiforme sabiduría de Dios” (Pacto de Lausana, párrafo 2, haciéndose eco de Ef. 3: 10).

Los silencios de la Escritura

También hemos considerado el problema de los silencios de la Escritura, es decir, los aspectos de doctrina y ética sobre los que la Biblia no dice nada explícitamente. Como fue escrita en el mundo judaico y grecorromano, la Escritura no encara directamente, por ejemplo, algunas cuestiones planteadas en la actualidad por el hinduismo, el budismo o el Islam, a por la teoría socio-económica marxista o la tecnología moderna.

A pesar de ello, creemos que es lícito que la iglesia, guiada por el Espíritu Santo, escudriñe las Escrituras en busca de preceptos y principios que le permitan desarrollar la mente del Señor Jesucristo a fin de poder tomar decisiones auténticamente cristianas. Este proceso se desarrollará

mas fructíferamente en el seno de la comunidad de creyentes, mientras adora a Dios y se dedica activamente a obedecerle en el mundo. Repetimos que la obediencia cristiana es tanto un preludio a la comprensión como una consecuencia de ella.

■ Preguntas para discutir

1. *¿Puede usted recordar algunos ejemplos de cómo algunas de las dos “formas tradicionales de aproximación” a la lectura bíblica han sido motivo de llevarle por camino errado?*
2. *Elija un texto bien conocido como Mateo 6: 24-34 (la ansiedad y la ambición) o Lucas 10: 29-38 (el buen samaritano) use la “aproximación contextual” al estudiarlo. Permita que surja un diálogo entre el texto y usted, haciendo que” el texto le plantee preguntas y usted se las plantee al texto. Anote las etapas de interacción.*
3. *Lea las secciones 3c y 4c y luego discuta las formas prácticas de buscar la guía del Espíritu Santo en la actualidad.*

5. El contenido y la comunicación del Evangelio

Habiendo pensado en la forma en que Dios nos comunica el Evangelio en la Escritura, llegamos ahora al núcleo mismo de nuestro interés; nuestra responsabilidad de comunicarlo a otros, es decir, la evangelización. Pero antes de considerar la comunicación del Evangelio, tenemos que considerar el contenido del Evangelio que ha de ser comunicado. Porque “evangelizar es diseminar las buenas noticias” (Pacto de Lausana, párrafo 4). Por lo tanto, no puede haber evangelismo sin Evangelio.

La Biblia y el Evangelio

El Evangelio se ha de encontrar en la Biblia. De hecho, hay un sentido en que toda la Biblia es evangelio, desde Génesis hasta el Apocalipsis. Porque su fin primordial consiste en dar testimonio de Cristo, proclamar las buenas nuevas de que El es el dador de la vida y Señor, y persuadir a la gente a que crea en él (por ejemplo, Juan 5: 39, 40; 20:31; 1 Ti 3: 15).

La Biblia proclama la historia del Evangelio en muchas formas. El Evangelio es como un diamante multifacético, con diferentes aspectos que apelan a pueblos diferentes en diferentes culturas. Tiene profundidades que nosotros no hemos penetrado. Resiste todo intento de ser reducida a una formulación precisa.

El corazón del Evangelio

No obstante, es importante identificar lo que constituye el corazón del Evangelio. Reconocemos que son centrales los temas de Dios como Creador, la universalidad del pecado, Jesucristo como Hijo de Dios, Seños de todos y Salvador por obra de su muerte expiatoria y vida de resurrección, la necesidad de la conversión, la venida del Espíritu Santo y su poder transformador, la comunión y la misión de la iglesia cristiana, y la esperanza del retorno de Cristo. Si bien éstos son los elementos básicos del evangelio, es preciso agregar que ninguna declaración teológica es independiente de la cultura. Por lo tanto, todas las formulaciones teológicas deben ser juzgadas por la Biblia misma, que está por encima de todas ellas. Su valor tiene que ser juzgado por su fidelidad a ella, como también por la pertinencia con que aplican su mensaje a la cultura de donde procede cada una de ellas.

En nuestro deseo de comunicar el Evangelio can eficacia, con frecuencia captamos aquellos elementos que no agradan a la gente. Por ejemplo, la cruz ha sido siempre tanto una ofensa al orgulloso como locura al sabio. Pero Pablo no la eliminó de su mensaje por esta razón. Por el contrario, siguió proclamándola, con fidelidad y a riesgo de ser perseguido, en la confianza de que el Cristo crucificado es la sabiduría y el poder de Dios. Aun cuando nosotros estemos preocupados

por contextualizar nuestro mensaje y quitarle toda ofensa innecesaria, también debemos resistir la tentación de acomodarlo al gusto del orgullo o el prejuicio humanos. El mensaje nos ha sido dado tal cual es. Nuestra responsabilidad no consiste en retocarlo sino en proclamarlo.

Barreras culturales a la proclamación del Evangelio

Ningún testigo cristiano puede esperar que comunicara el Evangelio si ignora el factor cultural. Esto resulta particularmente cierto en el caso de los misioneros, porque ellos mismos son producto de una cultura determinada y se dirigen a gente que es producto de otra diferente. Por eso, inevitablemente tiene que enfrentarse al problema de la comunicación transcultural con todo y su emocionante desafío y sus rigurosas demandas. Dos son los problemas principales que tienen que afrontar.

Algunas veces la gente rechaza el mensaje, no porque piensa que sea falso, sino porque lo consideran como una amenaza a su propia cultura, especialmente en lo que concierne a la trama de su sociedad, y a su solidaridad nacional o tribal. Hasta cierto punto esto no puede evitarse, Jesucristo es tanto un perturbador como un pacificador. El es Señor, y como tal, exige nuestra lealtad total. Por ello, algunos judíos del primer siglo vieron en el Evangelio en elementos que socava el judaísmo, y acusaron a Pablo de enseñar “por todas partes... a todos contra el pueblo, la ley y este lugar” es decir, el templo (Hechos 21: 28).

De modo similar, algunos romanos del primer siglo temían por la estabilidad del estado, ya que, según su punto de vista, los misioneros cristianos, al decir “que hay otro rey, Jesús” eran desleales a Cesar y posponían costumbres cuya practica no eran licitas para los romanos (Hechos 16: 21 / 17: 7) Aun hoy Jesús desafía muchas de las creencias y costumbres apreciadas por todas las culturas y sociedades.

Al mismo tiempo has rasgos de toda cultura que no son compatibles con el señorío de Cristo, y que por lo tanto no han de verse amenazados, ni tienen por que descartarse sino que mas bien han de ser preservados y transformados. Los mensajeros del evangelio necesitan desarrollar una profunda comprensión y un genuino aprecio de la cultura local. Solo entonces podrán percibir si la resistencia es contra algún desafío inevitable de Cristo Jesús, o contra alguna amenaza a la cultura, que sea real o imaginaria, no es necesario.

El otro problema es que el Evangelio con frecuencia se presenta a la gente en las formas de una cultura foránea. Así surge el resentimiento contra los misioneros y se rechaza su mensaje porque su obra aparece, no como un intento de evangelizar, sino como un intento de imponer sus propias costumbres y manera de vivir. Cuando los misioneros traen consigo modos extraños de pensar y de comportamiento, o actitudes que evidencian superioridad racial, paternalismo o preocupación por las cosas materiales, se vera estorbada la comunicación efectiva.

A veces, estos errores culturales se cometen juntos, y los mensajeros del Evangelio se hacen culpables de un imperialismo cultural que socava innecesariamente la cultura local y al mismo tiempo procura imponer en su lugar una cultura foránea. Algunos de los misioneros que acompañaron a conquistadores católicos de América Latina, y los colonizadores protestantes de Asia y África, constituyen ejemplos de este doble error. Por contraste, el apóstol Pablo sigue siendo el supremo ejemplo de una persona a quien Jesucristo primero privó de su orgullo por sus propios privilegios culturales (Fil 3: 4-9), y luego enseñó a adaptarse a las culturas de otros, haciéndose esclavo de ellos, de modo que pudo decir que “a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos” (1 Co 9: 1 9-23).

Sensibilidad cultural en la comunicación del Evangelio

Un testigo transcultural que tenga sensibilidad no ha de llegar a su campo de labor o servicio con un Evangelio “preenvasado”. Debe tener una clara captación de la verdad que ha sido “dada” en el Evangelio. Pero no logrará comunicarse exitosamente si trata de imponerla a otros sin tomar en cuenta tanta su propia situación cultural como la de dichas personas. Sólo mezclándose activa

y amorosamente con la gente del lugar, pensando según sus patrones de pensamiento, captando su visión de la realidad, prestando atención a sus preguntas, y sintiendo sus cargas, la comunidad creyente toda (de la que el misionero forma parte), podrá responder a sus necesidades.

Orando y pensando juntos, en una actitud de constante autoexamen de conciencia, bajo la dependencia del Espíritu Santo, los creyentes del exterior y del lugar podrán aprender conjuntamente cómo presentar a Cristo y contextualizar el Evangelio con igual grado de fidelidad y pertinencia. No decimos que es algo fácil, aun cuando algunas culturas del Tercer Mundo tienen una afinidad natural con la cultura bíblica. Pero sí creemos que, cuando la comunidad de creyentes guiada por el Espíritu, escucha y reacciona sensitivamente, tanto a la verdad de la Escritura como a las necesidades del mundo, surge una nueva y creativa comprensión que resulta positiva.

El testimonio cristiano en el mundo islámico

Se expresó una preocupación por el hecho de que en la Consulta se había prestado una atención insuficiente a los problemas característicos de la misión cristiana en el mundo islámico, a pesar de que existen hoy aproximadamente seiscientos millones de musulmanes. Por una parte, se está apercibiendo un resurgimiento de la fe y la misión islámica en muchos países; por otro, hay una nueva apertura hacia el Evangelio en una cantidad de comunidades que están debilitando sus lazos con la cultura islámica tradicional. Se hace necesario reconocer los rasgos característicos del Islam que proporcionan una oportunidad única para el testimonio cristiano.

Si bien existen en el Islam elementos que son incompatibles con el Evangelio, hay también elementos con un buen grado de lo que se ha llamado “convertibilidad”. Por ejemplo, nuestra comprensión cristiana de Dios, expresada en esa gran exclamación de Lutero relacionada con la justificación: “Que Dios sea Dios”, bien podría servir como una definición totalizadora del Islam. La fe islámica en la unidad divina, el énfasis en la obligación del hombre de rendir a Dios un culto adecuado, y el rotundo rechazo de la idolatría, podrían también considerarse como elementos que están acordes con los propósitos de Dios para la vida humana tal como nos han sido revelados en Cristo Jesús. Los testigos cristianos de la actualidad deben aprender con humildad y expectativa a identificar, apreciar e iluminar estos valores y otros similares.

También deberían luchar por la transformación y, donde esto sea factible, por la integración de todo lo que sea relevante en el culto, la oración, el ayuno, el arte, la arquitectura y la caligrafía islámica. Todo esto se produce únicamente dentro del marco de un aprecio realista de la situación actual de los países islámicos, caracterizados por el desarrollo tecnológico y la secularización. Las responsabilidades sociales de la nueva riqueza y de la pobreza tradicional, las tensiones de la independencia política, y la trágica dispersión y frustración palestinas, son todas áreas de testimonio cristiano pertinente.

El último aspecto ha dado nacimiento a una buena cantidad de apasionada proclamación práctica, una nota en la que subyace el paradigma del Jesús sufriente. Estos y otros elementos exigen una nueva sensibilidad cristiana, y un verdadero entendimiento de los hábitos de introversión bajo los cuales se ha desenvuelto la iglesia por tanto tiempo en el Medio Oriente. En otras partes, y entre ellas el África al sur del Sahara, las actitudes son más flexibles y las posibilidades más fluidas.

A fin de cumplir más adecuadamente el desafío misionero, se requieren nuevos intentos de desarrollar modos de asociación entre creyentes y buscadores, si fuera necesario fuera de las formas eclesiológicas tradicionales. El punto fundamental de un sentido de responsabilidad vivo y evangelizador hacia los musulmanes será siempre la calidad del discipulado cristiano personal y colectivo y el amor de Cristo que nos constriñe.

Resultados que pueden esperarse

Los mensajeros del Evangelio que han comprobado en su propia experiencia que es “poder de Dios para salvación” (Ro 1: 16) esperan, con razón, que lo sea también en la experiencia de

otros. Confesamos que algunas veces, así como la fe del centurión gentil dejó mal parada la incredulidad de Israel en los días de Jesús (Mt 8: 10) hoy en día la expectante fe de muchos creyentes en otras culturas a veces pone de manifiesto la falta de fe del misionero.

De modo, que hacemos memoria de las promesas de Dios a través de la posteridad de Abraham de bendecir a todas las familias de la tierra, y a través del evangelio, de salvar a los que creen (Gn 12: 14; 1 Co 1.21). Sobre la base de estas y muchas otras promesas recordamos a todos los mensajeros del Evangelio, incluyéndonos a nosotros mismos, que deben dirigir su mirada a Dios para que salve a la gente y edifique su iglesia.

Al mismo tiempo, nos hemos olvidado las advertencias de nuestro Señor en cuanto a oposición y sufrimiento. El corazón humano es duro. No siempre la gente abraza el Evangelio, aún cuando la comunicación sea intachable en su técnica y el comunicador lo sea en su carácter. El mismo Señor se sentía perfectamente cómodo en la cultura que predicaba, y sin embargo, tanto el como su mensaje fueron despreciados y rechazados y su parábola del sembrador pareciera advertirnos de que la mayor parte de la buena semilla que sembramos no habrá de llevar fruto. Hay en esto un misterio que no podemos explicar. “El Espíritu sopla de donde quiere” (Juan 3: 8) Al tiempo que procuramos comunicar el Evangelio con cuidado, fidelidad y celo, en humildad dejamos los resultados a Dios.

■ Preguntas para discutir

1. *En la sección 5 (a y b) el Informe se niega a dar una “formulación definida” del evangelio, pero identifica su “corazón”. ¿Quisiera usted agregar algo a estos “temas básicos”, sacar algo de ellos o ampliarlos?*
2. *Aclare los “dos errores culturales” en 5c. ¿Puede dar algunos ejemplos? ¿Cómo se pueden evitar esos errores?*
3. *Piense en la situación cultural de la gente que usted esta tratando de ganar para Cristo. ¿Qué significaría, en su caso, la “sensibilidad cultural”?*

6. ¡Se buscan mensajeros humildes del Evangelio!

Creemos que la clave principal para una comunicación cristiana persuasiva se encuentra en los mismos comunicadores y en la clase de personas que sean. No es necesario decir que son personas de fe, amor y santidad cristianos. O sea que deben tener una experiencia personal y creciente del poder transformador del Espíritu Santo, a fin de que la imagen de Cristo Jesús se vea en forma cada vez más clara en su carácter y en sus actitudes.

Por sobre todas las cosas, deseamos ver en ellos, y especialmente en nosotros mismos, “la mansedumbre y ternura de Cristo” (1 Co 10: 1), en otras palabras, la humilde sensibilidad del amor de Cristo. Esto nos parece tan importante que hemos resuelto dedicarle la totalidad de esta sección de nuestro Informe. Más todavía, ya que no nos mueve en absoluto el deseo de señalar con el dedo a nadie fuera de nosotros mismos, usaremos en todo momento la primera persona del plural. Primero, ofrecemos un análisis de la humildad cristiana en una situación misionera, y luego, nos volvemos a la encarnación de Dios en Cristo como modelo que mediante su gracia queremos seguir.

Análisis de la humildad misionera

En primer lugar, se encuentra la humildad de reconocer el problema que ofrece la cultura, en lugar de evitarlo o simplificarlo excesivamente. Como hemos visto, diversas culturas han influido fuertemente en la revelación bíblica, tanto como en nosotros mismos y en la gente a la cual nos dirigimos. Como resultado, adolecemos de vanas limitaciones personales al comunicar el Evangelio, porque somos prisioneros (consciente o inconscientemente), de nuestra propia cultura,

y porque nuestra captación, tanto de la cultura de la Biblia como de la del país en el cual servimos es muy imperfecta. La interacción entre todas estas culturas es lo que constituye el problema de la comunicación y lo que humilla a todo el que tiene que luchar con ella.

En segundo lugar, se encuentra la humildad de tomarse el trabajo de entender y apreciar la cultura de aquellos a quienes nos dirigimos. Este deseo es el que lleva naturalmente a un diálogo verdadero “cuyo propósito es el de escuchar con sensibilidad a fin de comprender” (Pacto de Lausana, párrafo 4). Nos arrepentimos de la ignorancia que supone el pensar que conocemos todas las respuestas y que nuestra Única función consiste en enseñar.

Tenemos muchísimo que aprender. Nos arrepentimos también de las actitudes que implican juicios. Sabemos que jamás debemos condenar o despreciar otra cultura, sino más bien respetarla. No defendemos la arrogancia que pretende imponer a otros nuestra cultura, ni el sincretismo que pretende mezclar el evangelio con elementos culturales incompatibles con él, sino más bien un humilde compartir de las buenas nuevas, posibilitado por el mutuo respeto de una genuina amistad.

En tercer lugar, se encuentra la humildad de comenzar la comunicación a partir del punto donde se encuentra la gente y no donde a nosotros nos gustaría que estuvieran. Vemos que esto es lo que hacia Jesús y nosotros anhelamos seguir su ejemplo. Con demasiada frecuencia, hemos ignorado los temores y las frustraciones de la gente, sus penas y preocupaciones, su hambre, su pobreza, su privación y opresión; en una palabra, sus “imperiosas necesidades”, y hemos sido demasiado lentos para regocijarnos o para llorar con ellos.

Reconocemos que tales “imperiosas necesidades” pueden a veces ser síntomas de necesidades más profundas que no se sienten o reconocen inmediatamente. El médico no acepta necesariamente el diagnóstico que hace el propio paciente. Aunque vemos la necesidad de comenzar donde se encuentre la gente, es preciso no quedarnos ahí. Aceptamos la responsabilidad de guiarlos suave y pacientemente a que se vean a sí mismos, tal como nos vemos nosotros, como rebeldes a quienes el Evangelio habla directamente con un mensaje de perdón y esperanza. Comenzar donde no está la gente es compartir un mensaje sin pertinencia; quedamos donde está la gente y no conducirla jamás hacia la plenitud de las buenas nuevas de Dios es compartir un mensaje trunco. La humilde sensibilidad del amor evitará ambos errores.

En cuarto lugar, se encuentra la humildad de reconocer que aun el misionero más dotado, consagrado y experimentado, raras veces puede predicar el evangelio en otra lengua o cultura con la misma efectividad que un cristiano local debidamente capacitado. Este hecho ha sido reconocido en los últimos años por las Sociedades Bíblicas, cuya política ha cambiado, de modo que en lugar de publicar traducciones realizadas por misioneros (con la ayuda de la gente local), preparan a especialistas que hablan la lengua del caso a fin de que realicen ellos las traducciones. Solamente los cristianos locales pueden contestar preguntas como las siguientes: “Dios, ¿cómo dirías esto en nuestro idioma?” o “Dios, ¿qué significará obedecerte en nuestra cultura?”.

Por ello, sea que, estemos traduciendo la Biblia o comunicando el Evangelio, los cristianos locales resultan indispensables. Son ellos los que deben asumir la responsabilidad de contextualizar el evangelio en sus propios idiomas y culturas. Esto no significa que la existencia de posibles testigos transculturales sea necesariamente superflua, pero seremos bien aceptados Únicamente si tenemos la suficiente humildad como para ver en la comunicación una empresa de equipo, en la que todos los creyentes colaboran como participantes en un mismo nivel. En quinto lugar, se encuentra la humildad de confiar en el Espíritu Santo de Dios, que es invariablemente el comunicador principal, quien por sí abre los ojos de los ciegos y otorga el nuevo nacimiento. “Sin su testimonio, el nuestro es inútil” (Pacto de Lausana, párrafo 14).

La encarnación como modelo para el testimonio cristiano

Nos hemos reunido para realizar la Consulta a pocos días de haber celebrado la Navidad, evento que podría llamarse la instancia más espectacular de identificación cultural en la historia de la humanidad, ya que por su encarnación el Hijo se convirtió en un judío Galileo del primer siglo.

También hemos tenido presente que Jesús quiso que la misión de su pueblo en el mundo estuviera modelada con la suya como patrón. “Como me envió el Padre, así también yo os envío”, dijo (Juan 20: 21; cfr 17: 18). Nos hemos preguntado, por lo tanto, acerca de las implicaciones de la encarnación para todos nosotros. La cuestión es de especial interés para testigos transculturales, cualquiera que sea el país al que vayan, aún cuando hemos pensado particularmente en aquellos que proceden del Occidente y que sirven en el Tercer Mundo.

Al meditar sobre Filipenses 2, hemos visto que la auto-humillación de Cristo comenzó en su mente o ánimo (VM): “no estimó al ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”. De manera que se nos manda permitir que su mente o ánimo esté en nosotros, y a “estimar” a otros como mejores o más importantes que nosotros mismos con ánimo humilde. Este “ánimo” o “perspectiva” de Cristo es un reconocimiento del valor infinito de los seres humanos, y del privilegio que es poder servirles. Los testigos que tengan la mente de Cristo tendrán un profundo respeto para con las personas a quienes sirvan, y su cultura.

Luego, dos verbos indican la acción a la que su mente condujo a Cristo: “se despojo a si mismo... se humillo a si mismo...” El primero nos habla de sacrificio (aquello a lo cual renunció), y el segundo de servicio, incluso la esclavitud (de cómo se identificó con nosotros y se puso a nuestra disposición). Hemos intentado pensar en lo que estas dos acciones significaron para el, y en lo que podrían significar para los testigos transculturales.

Comenzamos con su renunciamiento. En primer lugar, la renuncia al status. “Mansamente dejó a un lado su gloria” hemos cantado en las fiestas de navidad. Dado que no podemos concebir como era su gloria eterna, nos resulta imposible captar la grandeza de su autovaciamiento. Pero, por lo tanto, abandonó sus derechos, sus privilegios y sus poderes, de todos los cuales disfrutaba como Hijo de Dios. El status y los “símbolos de status” significan mucho en el mundo moderno, pero resultan incongruentes en los misioneros.

Creemos que dondequiera que estén los misioneros, no deben tener el control o trabajar solos, sino siempre con y preferentemente sometidos a cristianos locales que pueden aconsejarles y hasta dirigirlos, Y cualquiera que sea la responsabilidad de los misioneros, deberían expresar actitudes “no de dominio sino de servicio” (Pacto de Lausana, párrafo 11).

Luego la renuncia a la independencia. Hemos mirado a Jesús pidiendo agua a una mujer samaritana, viviendo en las casas de otras personas y del dinero de otras personas porque no tenía nada el mismo; vimos que se le presto una barca, una asna, un aposento alto y que incluso se lo sepulto en una tumba prestada. De modo semejante, los mensajeros transculturales, especialmente durante los primeros años de su servicio, tienen que aprender a depender de otros.

En tercer lugar, la renuncia a la inmunidad. Jesús se expuso a la tentación, el pesar, las limitaciones, las necesidades y angustias económicas. De manera que el misionero debiera hacerse a la idea de que puede volverse vulnerable a nuevas tentaciones, peligros y enfermedades; a climas diferentes, a una soledad desacostumbrada y tal vez hasta la muerte.

Pasando el tema de la renuncia al de la identificación, nos hemos maravillado nuevamente ante lo completo de la identificación de nuestro Salvador con nosotros, particularmente en la forma en que aparece en la Carta a los Hebreos. Cristo compartió nuestra “carta y sangre”, fue tentado igual que nosotros, aprendió la obediencia por sus sufrimientos, y probó la muerte por nosotros (He 2: 14-18; 4: 15; 5: 8) Durante su ministerio publico, Jesús amparó a los pobres y a los impotentes, sanó a los enfermos, alimentó a los hambrientos, tocó a los intocables y arriesgó

su reputación asociándose con aquellos a quienes la sociedad rechazaba.

La medida en que nos identificamos con la gente a que nos dirigimos es asunto de controversia. Por cierto que ha de incluir manejar adecuadamente el idioma y la cultura, aprender a pensar como piensan ellos, sentir como sienten ellos, actuar como actúan ellos. En el nivel socio-económico, no creemos que sea necesario equipararnos a ellos, principalmente porque cuando el extranjero intenta hacerlo, esto puede no aparecer como algo auténtico sino como teatralidad. Pero pensamos que tampoco debe haber una disparidad notoria entre nuestro estilo de vida y el de la gente que nos rodea.

Entre estos dos extremos, vemos la posibilidad de desarrollar un nivel de vida que expresa esa clase de amor que se preocupa de los demás y está dispuesta a compartir, y que encuentra natural intercambiar la hospitalidad con otros sobre la base de la reciprocidad, sin turbación. Una penetrante prueba de identificación consiste en considerar hasta qué punto sentimos que pertenecemos o nos debemos a ese pueblo y, aun más, hasta qué punto ellos sienten que nosotros les pertenecemos. ¿Participamos en forma natural de los días en que celebran acontecimientos gratos, o de sus días de tristeza? ¿Gemimos con ellos ante la opresión de que son objeto, y nos unimos a ellos en su búsqueda de justicia y libertad? Si el país sufre los efectos de un terremoto o se ve envuelto en una guerra civil, ¿como reacciona nuestro instinto, impulsándonos a quedarnos a compartir el sufrimiento de la gente que amamos o a tomar el primer avión que nos lleve de vuelta a casa?

Si bien Jesús se identificó completamente con nosotros no perdió su propia identidad. Siguió siendo el mismo, “Bajo del cielo... y se hizo hombre” (Credo Niceno) pero al hacerse uno de nosotros no cesó de ser Dios. Del mismo modo, “los evangelistas de Cristo deben procurar humildemente vaciarse de todo, excepto de su autenticidad personal” (Pacto de Lausana, párrafo 10) La encarnación enseña la identificación sin pérdida de la identidad. Creemos que la verdadera abnegación lleva a un verdadero autodescubrimiento. En el servicio humilde hay gozo abundante.

■ Preguntas para discutir

1. Si la clave principal para la comunicación esta en los comunicadores, ¿Qué clase de gente deben ser estos?
2. Haga su propio análisis de la humildad que deben tener todos los testigos cristianos. ¿Dónde podría usted más énfasis?
3. Dado que la encarnación de Jesús implica tanto la “renuncia” como la “identificación”, evidentemente le fue muy costosa. ¿Cuál sería el costo del “evangelismo encarnado” en la actualidad?

7. Conversión y Cultura

Hemos pensado en las relaciones entre conversión y cultura en dos maneras. En primer lugar. ¿Qué efecto tiene la conversión en la situación cultural de los convertidos, en su forma de pensar y actuar, y en sus actitudes para su ambiente social? En segundo lugar, ¿Qué efecto ha tenido nuestra cultura en nuestra propia comprensión de la conversión? Ambas preguntas son importantes. Pero queremos decir desde el principio que hay elementos en nuestro punto de vista evangélico tradicional de la conversión que son más culturales que bíblicos y que tienen que ser objetados. Con demasiada frecuencia, hemos pensado en la conversión como una crisis en lugar de considerarla también como un proceso; o hemos considerado a la conversión como una experiencia básicamente privada, olvidando las consecuentes responsabilidades públicas y sociales.

El carácter radical de la conversión

Estamos convencidos de que el carácter radical de la conversión a Jesucristo debe ser reafirmado en la iglesia contemporánea. Porque existe siempre el peligro de hacerla algo trivial, como si no fuese más que un cambio superficial, y para colmo una especie de auto reforma. Pero los autores del Nuevo Testamento escriben sobre ella como la expresión externa de una regeneración o nuevo nacimiento por el Espíritu de Dios, una recreación y una resurrección de la muerte espiritual. El concepto de la resurrección parece ser particularmente importante.

Porque la resurrección de Jesucristo de entre los muertos fue el comienzo de la nueva creación de Dios, y por la gracia de Dios, mediante la unión con Cristo nosotros hemos compartido dicha resurrección. Por lo tanto, hemos ingresado en la nueva era y ya hemos probado sus poderes y sus goces. Esta es la dimensión escatológica de la conversión cristiana. La conversión es parte integral de la Gran Renovación iniciada por Dios, que alcanzara su clímax triunfal cuando Cristo venga en su gloria.

La conversión comprende también una ruptura tan completa con el pasado que se habla de ella en términos de muerte. Hemos sido crucificados con Cristo. Por su cruz hemos muerto al mundo impío, su actitud hacia la vida y sus normas. también nos hemos “despojados” del viejo Adán de nuestra interior humanidad caída. Como de un vestido manchado. Y Jesús nos advirtió que este volvernos del pasado puede implicar sacrificios penosos, incluso la pérdida de la familia y las posesiones (por ejemplo, Lc. 14.25 ss).

Resulta vital mantener unidos estos aspectos negativos y positivos de la conversión, la muerte y la resurrección, el desprendimiento de lo viejo y la asunción de lo nuevo. Porque los que morimos hemos vuelto a vivir, pero estamos vivos con una nueva vida vivida en, para y bajo Cristo.

El Señorío de Jesucristo

Para nosotros es claro que el sentido fundamental de la conversión es un cambio de lealtad. Otros dioses y señores –idolatría en todos los casos- nos gobernaban anteriormente. Pero ahora Cristo Jesús es el Señor. El principio rector de la vida de conversión es que se la vive bajo el señorío de Cristo o en el Reino de Dios (que en la última instancia es lo mismo) Su autoridad sobre nosotros es total. De modo que esta nueva lealtad conduce inevitablemente a una nueva estimación de todos los aspectos de nuestra vida, y en particular de nuestra cosmovisión, de nuestro comportamiento y de nuestras relaciones.

En primer lugar nuestra cosmovisión. Estamos de acuerdo en que la medula de toda cultura es una “religión” de algún tipo, aun cuando no sea sino una religión irreligiosa como el marxismo. “La cultura es religión hecha visible” (J.H. Bavinck) Y “religión” es un sistema completo de creencias y valores básicos, siendo esta razón por la cual para nuestros fines usamos “cosmovisión” como equivalente.

La verdadera conversión a Cristo, por lo tanto, ha de golpear forzosamente en el corazón mismo de nuestra herencia cultural. Jesucristo insiste en desalojar del centro de nuestro mundo a cualquier ídolo que haya reinado allí anteriormente, para ocupar el trono de El mismo. Este es el cambio radical de lealtad que constituye la conversión o por lo menos un comienzo. Luego, una vez que Cristo.

Ha ocupado el lugar en justicia le corresponde, todo lo demás comienza a moverse. Las ondas de choque que se trasladan del centro hacia la circunferencia. Esto es metanoia, “arrepentimiento” visto como cambio mental, al reemplazo de la “mente carnal” por la “mente de Cristo”. Desde luego que el desarrollo de una cosmovisión cristiana completa puede llevar toda una vida, pero ya existe en esencia desde el comienzo. Si llega a crecer, no se pueden predecir las consecuencias explosivas.

En segundo lugar, nuestro comportamiento. El señorío de Jesús representa un desafío a

nuestras normas morales y a todo nuestro estilo de vida en lo ético. Hablando estrictamente, esto no es “arrepentimiento” sino mas bien los “frutos dignos de arrepentimiento” (Mt 3: 8), el cambio de conducta que surge de un cambio de punto de vista. Tanto la muerte como la voluntad tienen que someterse a la obediencia a Cristo (cfr. 2 Co 10: 5 / Mt 11: 29-30 / Jn 13: 13)

Escuchando el relato de casos de conversión, nos ha impresionado la primacía del amor en la experiencia del nuevo convertido. La conversión libera tanto de la introversión que hace que el hombre este demasiado preocupado consigo mismo como para molestarse por los demás, así como del fatalismo que considera que es imposible serles de ayuda. La conversión es espuria si no nos libera para amar.

En tercer lugar, nuestras relaciones. Si bien el convertido debería esforzarse al máximo para evitar una ruptura con la nación, la tribu y la familia, a veces surgen dolorosos conflictos. Esta claro que la conversión envuelve la transferencia de una comunidad a otra, es decir, de la humanidad caída a la nueva humanidad de Dios. Así ocurrió desde el comienzo mismo en el día de Pentecostés: “Sed salvos de esta perversa generación”, aconsejo Pedro.

Así fue como los que recibieron su mensaje, fueron bautizados e ingresaron en la nueva sociedad, se consagraron a esa nueva comunidad y comprobaron que cada día el Señor seguía agregando a otros al numero de los convertidos (Hechos 2: 40-47). Al mismo tiempo, su “transferencia” de un grupo a otro significaba más bien que se distinguían en lo espiritual y no que se segregaban en lo social. No abandonaron el mundo. Por el contrario, adquirieron un nuevo compromiso para con el, y salieron hacia ese mundo con el fin de testificar y servir.

Todos deberíamos alentar grandes esperanzas de que ocurran tales conversiones radicales en nuestros días, que llevan a los convertidos en una nueva actitud mental, un nuevo modo de vivir, una nueva comunidad y una nueva misión, todo esto bajo el señorío de Cristo. Pero a esta altura sentimos la necesidad de hacer algunas aclaraciones

El convertido y su cultura

La conversión no debiera “descuartizar” al convertido. Ciertamente es, como hemos visto, que ahora el Señor Jesús reclama su lealtad, y todo lo que contiene el contexto cultural debe ser sometido al examen de su Señor. Esto se aplica a todas las culturas y no solamente a la hindú, la budista, la musulmana o la animista, incluyendo además la cultura crecientemente materialista de Occidente. La crítica resultante puede conducir a un choque, cuando aparecen elementos culturales que, al ser juzgados por Cristo, tienen que ser rechazados. A esta altura, recíprocamente, el convertido, puede intentar la adopción en su lugar de la cultura del evangélico; tales intentos deben ser resistidos con firmeza a la vez que con bondad. Se debe alentar al convertido a que vea su relación con el pasado como una combinación de ruptura y continuidad. Por grandes que sean las renuncias que los nuevos convertidos sientan que deben hacer por amor a Cristo, ellos siguen siendo las mismas personas con la misma herencia y la misma familia. “La conversión no deshace: hace de nuevo”. Aunque en ciertas situaciones es inevitable, siempre resulta trágico, cuando la conversión de una persona a Cristo es interpretada por otros como una traición a sus propios orígenes culturales. De ser posible, a pesar de los conflictos con su propia los nuevos convertidos deberían procurar identificarse con las alegrías, las esperanzas, los pesares y las luchas de su cultura.

Los casos presentados demuestran que los convertidos a menudo pasan por tres etapas: (1) “rechazo” (cuando se ven como “nuevas personas en Cristo” y repudian todo lo que tiene asociación con su pasado); (2) “acomodación” (cuando descubren su herencia étnica y cultural, con la tentación a comprometer esa fe cristiana recién aceptada, relacionándola con su herencia); y (3) “la recuperación de la identidad” (cuando aumenta el rechazo del pasado o la acomodación a el, o, preferentemente, cuando adquieren en Cristo y en la cultura una equilibrada autoconciencia).

Enfrentamiento de poderes

La expresión “Jesús es el Señor” significa más que el hecho de que él sea Señor de la cosmovisión del convertido individual, de sus normas relaciones, y más también que sea el Señor de la cultura. Significa que es Señor de los poderes, habiendo sido exaltado por el Padre a la soberanía universal, a quien están sujetas autoridades y potestades (1 P 3: 22). Algunos de nosotros, especialmente los de Asia, África y América Latina, hemos hablado acerca de la realidad de los poderes malignos y de la necesidad de demostrar la supremacía de Jesús con respecto a ellas.

Porque la conversión trae consigo el enfrentamiento de poderes. La gente da su lealtad a Cristo cuando ve que su poder es superior a la magia y al vudu, a las maldiciones y bendiciones de la bruja y a la malevolencia de los espíritus malos, y que su salvación es una verdadera liberación del poder del mal y de la muerte.

Por supuesto, en la actualidad algunos cuestionan si la creencia en los espíritus es compatible con nuestra moderna comprensión científica del universo. Por lo tanto, en contra del mito mecanicista en que se asienta la cosmovisión occidental típica, deseamos afirmar la realidad de las inteligencias demoníacas, a quienes interesa, por todos los medios, abiertos y encubiertos, descreditar a Jesucristo a fin de evitar que la gente acuda a él. Pensamos que en el evangelio tiene vital importancia, en todas las culturas la enseñanza de la realidad y la hostilidad de los poderes demoníacos y la proclamación de que Dios ha exaltado a Cristo como Señor de todos y que Cristo, que realmente posee todo el poder por mucho que no alcancemos a reconocerlo cuando proclamamos su nombre, puede penetrar a través de la cosmovisión en cualquier mente humana, a fin de dar a conocer su señorío y efectuar un cambio radical de corazón y de perspectiva.

Queremos recalcar el hecho de que el poder pertenece a Cristo. El poder en manos del hombre demás resulta peligroso, Hemos traído a la memoria el tema constante de las dos cartas de Pablo a los Corintios de que el poder de Dios, que se ve claramente en la cruz de Cristo, actúa mediante la debilidad humana (por ejemplo, 1 Co 18: 2-5; 2 Co 4: 7; 12: 9-10).

Las personas mundanas rinden culto al poder; los cristianos que lo tienen conocen los peligros. Es mejor ser débil, porque entonces somos fuertes. Honramos especialmente a los mártires cristianos de épocas recientes (por ejemplo en África Oriental) que han renunciado al camino del poder, y han seguido el camino de la cruz.

Conversiones individuales y en grupos

La conversión no debe ser concebida como si fuese invariable y únicamente una experiencia individual, aun cuando, por muchos años, esta ha sido la forma de considerarla en Occidente. Por el contrario, el tema del pacto en el Antiguo Testamento y los bautismos de Familias enteras en el Nuevo, debieran encaminarnos a desear, a procurar y esperar conversiones tanto de familias como de grupos. En los últimos años, se han realizado muchas investigaciones importantes en relación con los “movimientos masivos” tanto desde la perspectiva teológica como de la sociológica. Teológicamente, reconocemos el énfasis bíblico en la solidaridad de cada etnos, es decir, nación o pueblo.

Sociológicamente reconocemos que cada sociedad se compone de una variedad de subgrupos, subculturas o unidades homogéneas. Es evidente que la gente acepta el evangelio más fácilmente cuando se lo presenta de un modo apropiado y que no resulte ajeno a su cultura y cuando pueden responder a él con y entre su propio pueblo. Las distintas Sociedades tienen distintos procedimientos para tomar decisiones en grupo; por ejemplo, por consenso, por medio del jefe de la familia o por medio de un grupo de ancianos.

Reconocemos la validez de la dimensión corporativa de la conversión como parte del proceso total, así como también la necesidad de que cada miembro del grupo la comparta personalmente en última instancia.

¿Es repentina o gradual la conversión?

Con frecuencia la conversión es más gradual de lo que ha considerado la enseñanza evangélica tradicional. Es cierto que esto puede no ser más que una discusión por palabras. La justificación y la regeneración, la primera de las cuales acuerda un nuevo status y la segunda una nueva vida, son obra de Dios e instantáneas, aun cuando no seamos necesariamente conscientes del momento en que ocurren.

La conversión, por otra parte, es nuestra propia acción (movida por la gracia de Dios), de volvemos a Dios en penitencia y fe. Si bien puede incluir una crisis consciente, a menudo es lenta y a veces penosa. Vista con el transfondo del vocabulario hebreo y griego, la conversión es en esencia un vuelco hacia Dios, que prosigue a medida que todas las áreas de la vida son sometidas de modos cada vez más radicales al señorío de Cristo. La conversión implica la transformación completa del cristiano, la renovación total de la mente y el carácter, de conformidad con la semejanza Cristo (Ro. 12: 12).

Sin embargo, no siempre ocurre este progreso. Hemos reflexionado un poco sobre los tristes fenómenos denominados de “volverse atrás” (un paulatino alejamiento de Cristo), y de “apostasía” (al abierto repudio de Cristo). Estos fenómenos responden a una variedad de causas. Algunas personas se alejan de Cristo cuando se desencantan de la iglesia; otros capitulan ante las presiones del secularismo o de su cultura anterior. Estos hechos nos desafían a proclamar un evangelio pleno, y también a ser más conscientes en la tarea de alimentar a los convertidos en la fe, como también en la de prepararlos para el servicio.

Uno de los miembros de nuestra consulta ha descrito su experiencia en términos de volverse primeramente a Cristo (aceptando su salvación y reconociendo su señorío), luego a la cultura redescubriendo sus orígenes naturales y su identidad), y en tercer lugar al mundo (aceptando la misión para la que Cristo lo envía). Estamos de acuerdo en que la conversión es, con frecuencia, una experiencia compleja, y que el lenguaje bíblico de volverse se usa en diferentes modos y contextos.

Al mismo tiempo, todos reconocemos que es básica la entrega personal a Jesús Cristo. Sólo en él tenemos salvación, nueva vida e identidad personal. La conversión siempre tiene que dar como resultado nuevas actitudes y relaciones, y debe llevar a un compromiso responsable con la iglesia, la cultura y el mundo. Finalmente, la conversión es un viaje, un peregrinaje, con desafíos, decisiones, y regresos siempre nuevos al Señor, que es el punto constante de referencia, hasta que él venga.

■ Preguntas para discutir

1. Distinga entre “regeneración” y “conversión” de acuerdo al Nuevo Testamento.
2. “Jesús es Señor” ¿Qué significa eso para nosotros en nuestra propia cultura? Mire la sección 7 (a y b) ¿Cuáles son los elementos de nuestra herencia cultural que a su juicio: (a) debemos renunciar a ellos por Cristo; (b) no necesitamos hacerlo?
3. ¿Qué es lo súbito y que es (o puede ser) gradual en la conversión cristiana?

8. Iglesia y cultura

En el proceso de la formación de iglesias, igual que en la comunicación y recepción del evangelio, resulta vital la cuestión de la cultura. Si el evangelio tiene que ser contextualizado, lo mismo ocurre con la iglesia. Más aún, el subtítulo de nuestra Consulta es “la contextualización de la Palabra y la Iglesia en una situación misionera”.

Antiguas Perspectivas

Durante la expansión misionera de la primera parte del siglo XIX, se suponía generalmente que las iglesias “en el campo misionero” habían de ser moldeadas de conformidad con las iglesias “en la patria del misionero”. La tendencia era la de producir replicas prácticamente idénticas. Arquitectura gótica, liturgia basada en libro de oración, atuendo clerical, instrumentos musicales, himnos y melodías, procedimientos para tomar decisiones, sínodos y comisiones, superintendentes y archidiaconos; todo se importaba y se ponía en práctica con absoluta falta de imaginación en las iglesias misioneras que se fundaban. Debe agregarse que dichos esquemas eran entusiastamente adoptados por los nuevos cristianos, resueltos a no quedar atrás en nada con respecto a sus amigos occidentales, cuyos hábitos y modos de adorar venían observando atentamente. Pero todo ello estaba basado en los falsos supuestos de que la Biblia daba instrucciones específicas en cuanto a tales asuntos y que el modelo de gobierno culto, ministerio y vida de la iglesia madre era, por eso mismo, ejemplar.

Como reacción a este sistema de exportación monocultural, pensadores misioneros de avanzada como Henry Venn y Rufus Anderson en la mitad del siglo pasado, y Roland Allen en la primera parte del presente siglo, popularizaron el concepto de las iglesias “nativas” o “indígenas”, que tendrían autogobierno, auto sostén y auto propagación. Sostenían muy bien su punto de vista. Señalaban que la política del apóstol Pablo era la fe de fundar iglesias, no la de iniciar estaciones misioneras.

También agregaban argumentos pragmáticos a los bíblicos, a saber que la indigenización resultaba indispensable para el crecimiento de la iglesia en madurez y sentido de misión. Henry Venn vislumbraba confiadamente el día cuando las misiones entregarían toda la responsabilidad a iglesias nacionales y luego se llevaría a cabo lo que el llaman “la eutanasia de la misión”. Estos puntos de vista lograron gran aceptación y ejercieron una influencia inmensa.

Sin embargo, en nuestros días están siendo criticados, no por el ideal en sí mismo, sino por la forma en que han sido aplicados en muchos casos. Algunas misiones, por ejemplo, han aceptado la necesidad de liderazgo nacional y, en consecuencia, se han dedicado a reclutar y preparar líderes locales, adoctrinándolos (esta palabra es dura pero no injusta), en los modos de pensar y de proceder de Occidente. Estos líderes locales occidentalizados han preservado así una iglesia de apariencia muy occidental y la orientación foránea ha persistido, envuelta sólo ligeramente en una apariencia de adaptación al medio.

Por lo tanto, se hace necesario desarrollar ahora un concepto más radical de vida eclesiástica nacional, en base al cual cada iglesia pueda descubrir y expresar su propia identidad como cuerpo de Cristo, dentro de su propia cultura.

El modelo de equivalencia dinámica

En base a las distinciones entre “forma” y “significado” y entre “correspondencia formal” y “equivalencia dinámica” que han sido desarrolladas en la teoría de la traducción y a las que nos hemos referido en la sección 3, se ha comenzado a pensar que puede trazarse una analogía entre la traducción bíblica y la formación de iglesias. La “correspondencia formal” habla de la imitación servil, ya sea cuando se traduce una palabra de una lengua a otra, o cuando se exporta un modelo eclesiástico de otra cultura.

Tal como una traducción “dinámica equivalente” procura transmitir al lector contemporáneo significados equivalentes a los que se transmitían a los lectores originales, usando formas culturales apropiadas, así también debe ocurrir con la iglesia “dinámicamente equivalente”. Ha de vérsela en el seno de su cultura, de la misma forma que una buena traducción bíblica en la lengua correspondiente. Conservaría los significados y las funciones esenciales que el Nuevo Testamento propone para la iglesia, aunque procuraría expresarlos en formas equivalentes a las formas originales pero apropiadas para la cultura local.

Este modelo nos ha parecido sutil y sugestivo a todos, y afirmamos decididamente los ideales que el mismo procura expresar. Rechaza correctamente la importación y la limitación de lo foráneo, y las estructuras rígidas. Con toda justicia, se vuelve hacia el Nuevo Testamento en busca de los principios para la formación de iglesias, antes que hacia la tradición o la cultura y, con el mismo grado de justicia, observa la cultura local en busca de las formas apropiadas en que han de expresarse dichos principios. Aun los que ven limitaciones en el mencionado modelo, todos comparten la visión que el mismo procura describir.

De este modo, el Nuevo Testamento indica que la iglesia es siempre una comunidad de adoración, un “sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 P. 2: 5); pero las formas de culto (incluyendo la presencia o ausencia de diversos tipos de liturgia, ceremonia, música, color, dramatización, etc.), serán desarrolladas por la iglesia en armonía con la cultura nativa. De modo similar, la iglesia es siempre una comunidad de testimonio y de servicio, pero han de variar sus métodos de evangelismo y su programa de compromiso social.

Al mismo tiempo, Dios desea que todas las iglesias cuenten con supervisión pastoral (episkopé), pero las formas de gobierno y ministerio pueden diferir marcadamente y la selección, la preparación, la ordenación, el servicio, el atuendo, el pago y la responsabilidad de los pastores, será determinado por la iglesia, de conformidad con principios bíblicos y encuadrándose en el marco de la cultura local.

Las cuestiones que se están planteando acerca del modelo “dinámicamente equivalente” se refieren a si es de suficiente magnitud y lo suficientemente dinámico como para proporcionar toda la guía necesaria. La analogía entre la traducción bíblica y la formación de iglesias no es muy precisa. En la primera, el traductor controla la tarea y, cuando ha sido completada, es posible hacer una comparación de los dos textos. En la segunda, por lo contrario, el original para el que se busca un equivalente no es un texto detallado, sino una serie de vistazos de la iglesia primitiva en función, lo cual hace más difícil la comparación, y en lugar de un traductor que controla, tiene que estar envuelta la comunidad en su totalidad.

Aun el traductor procura lograr la objetividad personal, pero cuando la iglesia local está procurando relacionarse adecuadamente con la cultura local, le resulta casi imposible alcanzar la objetividad. En muchas situaciones se ve envuelta en “un enfrentamiento entre dos civilizaciones” (la de su propia sociedad y la de los misioneros). Más aun, puede encontrar gran dificultad para responder a las voces conflictivas de la misma comunidad local, Algunos claman por cambios (en términos de alfabetización, educación, tecnología, medicina moderna, industrialización, etc.), mientras que otros insisten en la conservación de la cultura antigua y objetan la llegada de un nuevo día. Se pregunta si el modelo de la “equivalencia dinámica” es lo suficientemente dinámico como para hacer frente a este tipo de desafío.

La prueba de este modelo, o de cualquier otro, para ayudar a las iglesias a desarrollarse adecuadamente, está en si puede lograr que el pueblo de Dios capte en su corazón y en su mente el gran diseño del que su iglesia tiene que ser la expresión local. Todos los modelos ofrecen únicamente una imagen parcial. Las iglesias locales tienen que confiar en última instancia en la presencia dinámica del Señor de la historia, el Cristo viviente. Porque es El quien ha de guiar a su pueblo en cada época a que desarrolle su vida eclesiástica de tal modo que obedezca las instrucciones que les ha dejado en la Escritura, y a reflejar los buenos elementos de su cultura local.

La libertad de la Iglesia

Si cada iglesia se ha de desarrollar creativamente, de modo tal que pueda encontrarse y expresarse a sí misma, tiene que tener la libertad necesaria para hacerlo. Este es su derecho inalienable. Porque cada iglesia es la iglesia de Dios. Al estar unida a Cristo es morada de Dios por el Espíritu (Ef 2: 22) Algunas misiones y algunos misioneros han demorado en reconocerlo y en aceptar sus implicancias en cuanto a las formas autóctonas y del ministerio de todos los miem-

bros. Esta es una de las muchas causas que ha conducido a la formación, principalmente en el África, de iglesias independientes, que buscan nuevos modelos de autoexpresión en términos de la cultura local.

Aun cuando a veces los propios líderes eclesiásticos locales también han impedido el desarrollo autóctono, la culpa es mayormente de otros factores. No sería justo generalizar. La situación ha sido siempre diversa. En las generaciones anteriores, ha habido misiones que nunca llegaron a manifestar un espíritu de dominación. En el siglo presente, han surgido algunas iglesias que nunca han estado bajo control misionero y que, por lo tanto, han disfrutado de autogobierno desde el principio. En otros casos, las misiones han abandonado totalmente el poder que ostentaban, de modo que algunas iglesias fundadas por ellas son ahora enteramente autóctonas, y muchas misiones trabajan ahora en un régimen de genuina colaboración con las iglesias.

Pero este no es el panorama completo. Otras iglesias siguen todavía enteramente inhibidas para desarrollar una identidad y programas propios, debido a una política impuesta desde afuera, a la introducción y perpetuación de tradiciones extranjeras, a la imposición de un liderazgo foráneo, a procedimientos extraídos para la toma de decisiones y especialmente a la forma de manejar el dinero. Los responsables de dicho control pueden estar sinceramente inconscientes del modo en que se consideran sus acciones en el otro extremo.

Las iglesias en cuestión pueden considerarlo como una tiranía. El hecho de que no sean actitudes intencionales y de que quienes las provocan no se percatan de ello, ilustra perfectamente el hecho de que (ya sea que nos demos cuenta de ello o no), todos estamos sometidos a la cultura que nos ha hecho ser lo que somos. Nos oponemos decididamente a tal “extranjerismo”, dondequiera que exista, por ser un grave obstáculo a la madurez y a la misión y un sofocamiento del Espíritu Santo de Dios.

Como protesta contra la perpetuación del control extranjero, hace algunos años se hizo un llamado para que fuesen retirados todos los misioneros. En este debate, algunos hemos querido evitar la palabra “moratoria”, porque se ha convertido en un término emotivo, y algunas veces evidencia un resentimiento en contra del concepto mismo de “misionero”. Otros hemos querido retener la palabra a fin de dar realce a la verdad que ella expresa, Para nosotros, no significa un rechazo del personal misionero y de los fondos misioneros como tales, sino solamente del mal uso de los mismos, o sea cuando sofoca la iniciativa local.

Estamos todos de acuerdo con la declaración del Pacto de Lausana de que “la reducción de misioneros y fondos extranjeros puede ser necesaria a veces a fin de facilitar el crecimiento de la iglesia nacional en cuanto a su confianza en sí misma.

Estructura de poder y misión

Lo que acabamos de escribir es parte de un problema mucho más amplio, que no hemos podido ignorar. El mundo contemporáneo consiste de sociedades atómicas aisladas, sino que es un sistema global interrelacionado de macroestructuras económicas, políticas, tecnológicas e ideológicas, que indudablemente tienen como consecuencia mucha explotación y opresión.

¿Qué tiene que ver esto con la misión? ¿Y por qué la planteamos aquí? En parte porque es el contexto dentro del cual hay que predicar el evangelio a todas las naciones en el día de hoy. En parte también porque casi todos nosotros o pertenecemos al Tercer Mundo, o vivimos y trabajamos en él, o lo hemos hecho antes, o hemos visitado países allí. De modo que hemos visto con nuestros propios ojos la pobreza de las masas, sentimos por ellas y con ellas, y un sistema económico que es controlado mayormente por los países del Atlántico Norte (aunque ahora hay otros que también están comprometidos) Los que somos ciudadanos de países de América del Norte y de Europa, no podemos evitar cierta sensación de incomodidad y vergüenza en razón de la opresión que es culpa de nuestros países en diversos grados. Sabemos que hay opresión en muchos países hoy y nos oponemos a ella en todas partes.

Pero aquí estamos hablando de nosotros mismos, de nuestros propios países, y de nuestra responsabilidad como cristianos. La mayor parte de los misioneros y de los fondos misioneros del mundo provienen de dichos países, a menudo con gran sacrificio personal. Pero tenemos que confesar que algunos misioneros reflejan ellos mismos a una actitud neocolonialista e inclusive la defienden, a la par de avanzadas de poder y explotación occidentales, como ocurre en Sud África.

¿Qué es entonces lo que tenemos que hacer? La única respuesta honesta es decir que no lo sabemos. La crítica de sillón suena a hipocresía. No tenemos soluciones prefabricadas para ofrecer ante este problema mundial. En efecto, nosotros mismos nos sentimos víctimas del sistema. Y no obstante, también, somos parte de él. De modo que sólo nos sentimos capaces de hacer los siguientes comentarios.

En primer lugar, Jesús mismo se identificaba constantemente con los pobres y los débiles. Aceptamos la obligación de seguir sus pasos en este asunto como en todos los demás. Nos proponemos fortalecer nuestra solidaridad con ellos, por lo menos con ese amor que ora y da.

Sin embargo, Jesús hizo más que identificarse. En su enseñanza, y en la de los apóstoles, el corolario a las buenas nuevas a los oprimidos consistía en una palabra de juicio para los opresores (por ejemplo, Lu 6: 24-26 / Stg 5: 1-6) Confesamos que, en situaciones económicas complejas, no es fácil identificar a los opresores a fin de denunciarlos, sin echar mano a una retórica estridente que ni cuesta ni logra nada. No obstante, aceptamos que no habrá ocasiones cuando es nuestro deber cristiano hablar osadamente contra la injusticia en el nombre del Señor, que es el Dios de la justicia tanto como de la justificación. Buscaremos en El, el valor y la sabiduría para hacerlo.

En tercer lugar, esta consulta ha expresado su preocupación sobre el sincretismo en las iglesias del Tercer Mundo. Pero no hemos olvidado que las iglesias occidentales suelen ser presas del mismo pecado. En efecto, quizá la forma más insidiosa de sincretismo en el mundo en el día de hoy es el intento de mezclar un evangelio personalizado de perdón individual con una actitud mundana (y hasta demoníaca), hacia la riqueza y el poder. Nosotros mismos no estamos sin culpa a este respecto. Pero deseamos ser cristianos en todo sentido para quienes Jesús sea realmente Señor de todo. De modo que los que pertenecemos a Occidente o venimos de Occidente hemos de examinarnos y purificarnos de un sincretismo de estilo occidental. Estamos de acuerdo en que “la salvación que profesamos debería ir transformándonos en la totalidad de nuestras responsabilidades personales y sociales. La fe sin obras es muerta” (Pacto de Lausana párrafo 5)

El peligro del provincialismo

Hemos recalcado que a la iglesia se le debe permitir que se nacionalice o “indigence” y a “celebrar, cantar y danzar” el evangelio en su propio medio cultural. Al mismo tiempo, queremos alertar sobre los peligros de este proceso. Algunas iglesias en los seis continentes van mas allá de un jubiloso o agradecido descubrimiento de su herencia cultural local, y se tornan jactanciosas y dogmáticas (lo que es una forma de chauvinismo), e inclusive llegan a hacerla algo absoluta (o sea una forma de idolatría) Sin embargo, mas común que cualquier de estos extremos es el “provincialismo” es decir, una concentración tal en su propia cultura que quedan a la deriva con respecto al resto de la iglesia, y que las aísla del resto del mundo. Esta es una postura frecuente tanto en las iglesias occidentales como en las del Tercer Mundo. Es una postura que niega al Dios de la creación y la redención. Equivale a proclamarse libre, solo para caer en otro tipo de esclavitud. Llamamos la atención a las tres razones principales porque pensamos que debe evitarse esta actitud.

Primero, cada iglesia es parte de la iglesia universal. El pueblo de Dios constituye, por su gracia, una comunidad Única de naturaleza multi-racial, multi-nacional, multi-cultural. Esta comunidad es la nueva creación de Dios, su nueva humanidad, en la que Cristo ha abolido todas las barreras (Véase Efe. 2 y 3). Por lo tanto, no hay lugar para el racismo en la sociedad cristiana, o para el tribalismo, ya sea en su forma africana o en forma de clases sociales europeas o en el sistema indio de castas. A pesar de los fracasos de la iglesia, esta visión de una comunidad de amor

supraétnica no es un ideal romántico, sino un mandamiento del Señor. Por lo tanto, mientras nos regocijamos por nuestra herencia cultural y el desarrollo de nuestras propias formas autóctonas, debemos recordar siempre que nuestra identidad primaria como cristianos no está en nuestra cultura particular sino en ese “un Señor” y ese su “un cuerpo” de que nos habla Efe 4: 3-6

En segundo lugar, cada iglesia adora al Dios vivo de la diversidad cultural. Si le damos gracias por nuestra herencia cultural, debiéramos también darle gracias por la herencia de otros. Nuestra iglesia, no debe nunca atarse tanto a su cultura que los que nos visitan de otras iglesias no se sientan bienvenidos. En efecto, creemos que si el cristiano tiene la oportunidad, le resulta enriquecedor elaborar una existencia bi-cultural y hasta multicultural, como el apóstol Pablo que era hebreo de hebreos, dominaba la lengua griega y era ciudadano romano.

En tercer lugar, cada iglesia debiera aprender a “participar... en razón de dar y recibir” (Fil 4: 15) Ninguna iglesia es autosuficiente, ni debiera tratar de serlo. De modo que las iglesias deben desarrollar entre si relaciones de oración, comunión, intercambio de ministerio y cooperación. Siempre que compartamos las mismas doctrinas centrales (incluyendo el supremo señorío de Cristo, la autoridad de la Escritura, la necesidad de la conversión, la confianza en el poder del Espíritu Santo, y las obligaciones en cuanto a santidad y testimonio) deberíamos, antes de ser tímidos, salir en busca de la comunión y debiéramos compartir nuestros dones espirituales y recursos financieros. El mismo principio se aplica a las culturas. La iglesia debe sentirse libre para rechazar formas culturales foráneas y desarrollar las propias, también debe sentirse libre para tomar de otras. Esta es la senda que lleva a la madurez.

Un ejemplo de esto se relaciona con la teología. Los testigos transculturales no deben tratar de imponer una tradición teológica pre-fabricada a la iglesia en la que sirven. Ya sea mediante la enseñanza personal, por medio de literatura o mediante el recurso de controlar los planes y programas de seminarios o escuelas bíblicas.

Porque toda tradición teológica tiene elementos que son bíblicamente cuestionables y que han resultado eclesiásticamente motivos de división a la vez que omite elementos que, si bien pueden no haber sido importantes en el país donde se originó, en cambio pueden tener gran importancia en otras partes. Al mismo tiempo, aun cuando los misioneros no debieran imponer a otros su propia tradición, tampoco debieran negarles el acceso a ella (en forma de libros, confesiones, catecismos, liturgias e himnos), por cuanto, indudablemente representa una rica herencia de fe.

Más aun, si bien las controversias teológicas de las iglesias más viejas no deben ser exportadas a las iglesias más jóvenes, una comprensión de los problemas y de la obra del Espíritu Santo, en el desarrollo de la historia de la doctrina cristiana, puede ayudarles a protegerse de una infructuosa repetición de las mismas batallas. De este modo deberíamos procurar con el mismo celo de evitar tanto el imperialismo teológico como el provincialismo teológico. La teología de una iglesia ha de ser desarrollada por la comunidad de la fe a partir de la Escritura, en interacción con otras teologías del pasado y del presente, y con la cultura local y sus necesidades,

El peligro del sincretismo

Cuando la iglesia procura expresar su vida en forma culturales locales, enseguida tiene que enfrentar el problema de los elementos culturales que o son malos o tienen malas asociaciones. ¿Cómo debe reaccionar ante ellos la iglesia? Los elementos que son intrínsecamente falsos o malos no pueden, evidentemente, ser asimilados al cristianismo sin caer en el sincretismo. Esto constituya un peligro para todas las iglesias en todas las culturas. Sin embargo, si el mal esta en la asociación únicamente, creemos que es correcto procurar incorporarlo a Cristo “bautizándolo”. Es el principio que aplicó William Booth cuando puso palabras cristianas a la música popular, basándose en el concepto de que el diablo no tenía por que acaparar todas las mejores melodías. Del mismo modo, en la actualidad muchas iglesias africanas usan tambores para invitar a la gente al culto, a pesar de que anteriormente estaban prohibidos, porque se los asociaba con las danzas

guerreras y los ritos de los médiums.

Pero, este principio crea problemas. Al reaccionar correctamente contra los extranjeros, a veces se da lugar a un incorrecto flirteo con el elemento demoníaco de la cultura local. De modo que la iglesia, al ser como cosa primera y principal un siervo de Jesucristo, debe aprender a escudriñar todas las culturas, tanto locales como extranjeras, a la luz de su señorío y de la revelación de Dios. Por consiguiente, ¿en base a qué pautas acepta o rechaza la iglesia los rasgos culturales en el proceso de su contextualización? ¿Cómo impide o detecta y elimina la herejía (la enseñanza dañina), y el sincretismo (residuos perniciosos de la vieja manera de vivir)? ¿Cómo se protege de la tendencia a volverse una “iglesia popular” en que la iglesia y la sociedad son virtualmente sinónimas? Un modelo particular que hemos estudiado es el de la iglesia en Bali, Indonesia, que tiene ahora unos 40 años de antigüedad. Su experiencia ha proporcionado las siguientes pautas:

La comunidad creyente primero escudriñó las Escrituras y aprendió muchas verdades bíblicas importantes. Luego observaron que otras iglesias (por ejemplo, alrededor del Mediterráneo), usaban la arquitectura para simbolizar las verdades cristianas. Esto tenía importancia porque el pueblo balinés es un pueblo muy dado a lo “visual” y valora los símbolos visibles. De modo que se decidió, por ejemplo, expresar su afirmación de la fe en la Trinidad con techos en tres niveles al estilo balinés en los edificios eclesiásticos. El símbolo fue considerado primero por el consejo de ancianos que, después de estudiar tanto los factores bíblicos como los culturales, lo recomendaron a las congregaciones locales.

Para detectar y eliminar las herejías, siguieron un esquema semejante. Cuando los creyentes sospechaban algún error en la vida o la enseñanza, se lo contaban a uno de los ancianos, el que lo llevaba al seno del consejo de ancianos. Luego de considerar la cuestión, ellos a su vez transmitían sus recomendaciones a las iglesias locales, las que tenían la Última palabra.

¿Cual era la defensa más importante de la iglesia? A esta pregunta la respuesta era: “Cree-mos que Jesucristo es Señor y Amo de todos los poderes”. Predicando su poder, “el mismo ayer y hoy y por los siglos”, insistiendo en todo momento en el carácter normativo de las Escrituras, confiando a los ancianos la obligación de reflexionar sobre la Escritura y la cultura, derribando todas las barreras que impiden la comunión, e incorporando en las estructuras, el catecismo, las formas de arte, la dramatización, etc., recordatorios constantes de la exaltada posición de Jesucristo, su iglesia se ha mantenido fiel a la verdad y a la santidad

Algunas veces, en diferentes partes del mundo, puede adoptarse un elemento cultural que perturba profundamente a las conciencias supersensibles, especialmente la de los nuevos convertidos. Es el problema del hermano “débil” del que escribe Pablo en relación con lo ofrecido a los ídolos. Ya que los ídolos no eran nada, Pablo mismo se sentía con libertad para comer lo sacrificado a ellas. Pero por amor del creyente “débil” con una conciencia menos ilustrada, que se ofendería al verlo comer, se abstenía, por lo menos en situaciones específicas en que podía ser motivo de ofensa. Este principio sigue teniendo su aplicación hoy. La Escritura toma en serio la conciencia y nos dice que no debemos violarla. Hay que instruirla para que sea “fuerte”, pero mientras sigue siendo “débil” tiene que ser respetada. La conciencia fuerte nos otorga libertad, pero el amor limita la libertad.

La influencia de la iglesia sobre la cultura

Lamentamos el pesimismo que lleva a algunos cristianos a desaprobado una activa participación cultural en el mundo, y el derrotismo que convence a otros de que, de todos modos, no podrán hacer ningún bien en dichas actividades y que, por lo tanto, deben esperar pasivamente hasta que Cristo rectifique la situación cuando venga. Podrían darse muchos ejemplos históricos de diferentes épocas y países para mostrar la poderosa influencia que, con la ayuda de Dios, ha ejercido la iglesia sobre una cultura determinada, purificándola, reclamándola y embelleciéndola para Cristo. Aun cuando todos esos intentos han adolecido de defectos, esto no demuestra que la empresa sea un error.

Sin embargo, preferimos fundamentar la responsabilidad cultural de la iglesia en la Escritura antes que en la historia. Hemos tenido presente que todo hombre y mujer han sido hechos a la imagen de Dios, y que se nos manda honrarlos, amarlos y servirlos en todas las esferas de la vida. A este argumento tomado de la creación de Dios, agregamos otro de su reino, que hizo su ingreso en el mundo por Jesucristo. Toda la autoridad pertenece a Cristo. El es Señor tanto del universo como de la iglesia. Y él nos ha mandado al mundo para ser su sal y su luz. Al ser nosotros la nueva comunidad creada por él, espera que impregnemos la sociedad

Por lo tanto, hemos de oponernos a lo malo y afirmar lo bueno; aceptar y promover todo lo que es sano y enriquecedor en el arte, la ciencia, la tecnología, la agricultura, la industria, la educación, el desarrollo comunitario y el bienestar social; denunciar la injusticia y apoyar a los, impotentes y a los oprimidos; diseminar las buenas noticias de Jesucristo, que constituyen la fuerza más liberadora y humanizante del mundo entero; y dedicarnos activamente a las buenas obras de amor. Si bien, tanto en las actividades sociales y culturales como en el evangelismo tenemos que dejar los resultados a Dios, confiamos que El ha de bendecir nuestros esfuerzos y usados a fin de desarrollar en nuestra comunidad una nueva conciencia de lo que es verdadero, noble, recto, puro, agradable y que tiene buena fama (Fil 4: 8 VP). Por supuesto la iglesia no puede imponer normas cristianas a una sociedad que no las quiere, pero puede recomendarlas, tanto mediante la argumentación como por el ejemplo. Todo esto traerá gloria a Dios y creará nuevas oportunidades para hacer ver a nuestro prójimo a quien Dios creó y ama, diversas facetas de lo humano. Como lo expresaba el Pacto de Lausana, “las iglesias deben procurar transformar y enriquecer la cultura, todo para la gloria de Dios” (párrafo 10).

No obstante, el optimismo ingenuo es tan necio como el pesimismo oscurantista. En lugar de ambos, buscamos un sobrio realismo cristiano. Por un lado, Jesucristo reina, por el otro no ha destruido aun las fuerzas del mal; todavía andan sueltas. Por ello, en todas las culturas los cristianos se encuentran en una situación de conflicto y con frecuencia de sufrimiento. Hemos sido llamados a luchar contra los “poderes cósmicos de esta época oscura” (Ef 6: 12 VP en inglés) Por lo tanto, nos necesitamos unos a otros. Debemos vestir toda la armadura de dios y especialmente la poderosa arma de la oración de fe. También recordamos las advertencias de Cristo y sus apóstoles de que antes del fin habrá un estallido sin precedentes de maldad y violencia. Algunos acontecimientos y sucesos en nuestro mundo contemporáneo indican que el espíritu del anticristo venidero ya esta obrando, no solo en el mundo no cristiano, sino ‘también en nuestras propias sociedades parcialmente cristianizadas, así como en las iglesias mismas. “Por lo tanto rechazamos como un sueño orgulloso y autosuficiente la noción de que el hombre puede jamás edificar una utopía en la tierra” (Pacto de Lausana, párrafo 15) y como una fantasía sin fundamento el que la sociedad haya de evolucionar hacia la perfección.

En cambio, mientras trabajamos vigorosamente en la tierra, esperamos con jubilosa expectación el retorno de Cristo, los nuevos cielos y la nueva tierra en la que morará la justicia. Porque entonces no solo será transformada la cultura, cuando las naciones traerán su gloria a la Nueva Jerusalén (Ap 21: 24-26) sino que toda la creación será liberada de su presente esclavitud de futilidad, deterioro y dolor, a fin de compartir la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Ro 8: 18-25) Entonces por fin toda rodilla se doblará ante Cristo y toda lengua proclamará abiertamente que El es el Señor a la gloria de Dios Padre.

■ Preguntas para discutir

1. *Nuestra iglesia local, ¿es “libre” para desarrollar su propia personalidad? Si no es así, ¿qué fuerzas lo están impidiendo? Ver sección 8 (a hasta d).*
2. *En la sección 8d, se dicen algunas cosas fuertes sobre las “estructuras de poder”. ¿Está usted de acuerdo? Si es así, ¿puede usted hacer algo al respecto?*
3. *Tanto el “provincialismo” (8e) como el “sincretismo” (8f) son errores de una iglesia que está tratando de expresar su identidad en las formas culturales locales.*

¿Está cometiendo nuestra iglesia alguno de esos errores? ¿Cómo pueden evitarse sin repudiar la cultura propia?

4. *La iglesia en nuestro país, ¿debería hacer más para “transformar y enriquecer” su cultura nacional? Si es así, ¿de qué manera?*

9. Cultura, ética cristiana y estilo de vida

Habiendo considerado en la Sección 7 algunos de los factores culturales en la conversión cristiana, llegamos finalmente a las relaciones entre la cultura y el comportamiento ético cristiano. Porque la nueva vida que Cristo otorga a su pueblo ha de culminar necesariamente en un nuevo estilo de vida.

Cristocentrismo y semejanza a Cristo

El supremo señorío de Jesucristo ha sido uno de los temas que ha estado presente a lo largo de toda nuestra consulta. El es Señor del universo y de la Iglesia, es Señor del creyente individual también. Nos vemos atrapados por el amor de Cristo. Nos tiene cercados y no nos deja lugar para escapar. En razón de que disfrutamos de una vida nueva por su muerte a favor de nosotros, no tenemos ni deseamos otra alternativa sino la de vivir por aquel que murió por nosotros y volvió a vivir (2 Co 5: 14-15). A El debemos nuestra primera lealtad y tenemos que buscar de agradarle, de vivir una vida digna de El y de obedecerle. Esto requiere la renuncia a todas las lealtades menores. De modo que nos está prohibido conformarnos a las normas de este mundo, es decir, a cualquier cultura reinante que no honra a Dios y en cambio se nos manda ser transformados en nuestra conducta mediante mentes renovadas que perciban la voluntad de Dios.

Jesús obedeció perfectamente la voluntad de Dios. Por lo tanto, “lo mas destacado de un cristiano no debiera ser su cultura, sino su semejanza a Cristo”. Como lo expresaba la Carta de Diogneto, de mediados del siglo II: “Los cristianos no se distinguen del resto de la humanidad por país o habla o costumbre... Siguen las costumbres de la tierra en cuanto a vestimenta, comida y otros asuntos de la vida diaria, pero el tiempo de ciudadanía que exhiben es maravilloso... En una palabra, lo que el ala es en el cuerpo, esos son los cristianos en el mundo”.

Niveles morales y prácticas espirituales

La cultura nunca es estática. Varía tanto de un lugar a otro, como de un tiempo a otro. Y a lo largo de la extensa historia de la iglesia en diferentes países el cristianismo, en alguna medida, ha destruido la cultura, la ha preservado y al final ha creado una nueva cultura en lugar de la anterior. De bodoque en todas partes los cristianos tienen que pensar seriamente acerca de la forma precisa en que su nueva vida en Cristo ha de relacionarse con la cultura contemporánea. En los trabajos preliminares de nuestra Consulta tuvimos a la vista dos modelos bastante similares. Uno de ellos sugería que hay varias categorías de costumbres que deben distinguirse. La primera incluye aquellas prácticas que se espera que el convertido ha de abandonar inmediatamente por considerarlas enteramente incompatibles con el evangelio cristiano (por ejemplo, la idolatría, la posesión de esclavos, la hechicería y la brujería, el canibalismo, los odios de sangre. La prostitucion ritual y todas las discriminaciones personales basadas en la raza, el color, la clase social o la casta. Una segunda categoría comprendería costumbres institucionalizadas que podrían ser toleradas por un tiempo, pero que se esperarían que desaparecieran gradualmente (por ejemplo, sistemas de casta, esclavitud y poligamia)

Una tercera categoría podría relacionarse con tradiciones matrimoniales, especialmente cuestiones de consanguinidad, sobre las cuales las iglesias están divididas, mientras que en la cuarta categoría se incluirían las así llamadas adiapora o “cuestiones diferentes” que se relacionan solo con costumbres u no con la moral, y que por lo tanto, pueden conservarse sin comprometer nada (por ejemplo, costumbres relativas a las comidas y los baños, formas de saludar en público

a los del sexo opuesto, modas de vestir, estilos de peinado, etc)

El segundo modelo que hemos considerado distingue los enfrentamientos “directos” y los “indirectos” entre Cristo y la cultura, que corresponden aproximadamente a las dos primeras categorías del modelo anterior. Al ser aplicado a Fiji en el siglo XIX en el caso que nos fue presentado, se suponía que habría “enfrentamiento directo” con prácticas inhumanas tales como el canibalismo, el estrangulamiento de viudas, el infanticidio y el parricidio, y que habla de esperarse que los convertidos abandonarían dichas costumbres al convertirse. Habría enfrentamiento “indirecto”, en cambio, cuando la cuestión moral no fuese tan definida (por ejemplo, ciertas costumbres matrimoniales, ritos de iniciación, festivales y celebraciones musicales con intervención de canto, danza e instrumentos), o cuando se hacen evidentes solo después que el convertido ha comenzado a elaborar su nueva fe en la vida cristiana aplicada. Algunas de dichas practicas no tendrán que ser abandonadas, sino más bien limpiados de los elementos impuros y revestidas de sentido cristiano. Las viejas costumbres pueden ser investidas de nuevo simbolismo, las antiguas danzas pueden servir para celebrar nuevas bendiciones y las viejas artesanías pueden servir a nuevos propósitos. Adoptando una expresión del Antiguo Testamento, las espadas pueden ser forjadas en arados y las lanzas en hoces.

El pacto de Lausana dice: “El evangelio no presupone la superioridad de ninguna cultura sobre otra, sino que evalúa todas las culturas según sus propios criterios de verdad y justicia, e insiste en absolutos morales para todas (párrafo 10) Queremos confirmar esto y al mismo tiempo, destacar que incluso, en la actual época relativista subsisten los absolutos morales. En efecto, las iglesias que estudian las Escrituras no debieran encontrar difícil la determinación de lo que corresponde a la primera categoría, la del “enfrentamiento directo”, Bajo la dirección del Espíritu Santo los principios escriturales también las guiarán en relación con la categoría del “enfrentamiento indirecto”. Una prueba adicional que se ha propuesto es la de preguntarnos si una práctica determinada realza o disminuye la dignidad de la Vida humana.

Como se verá, nuestros estudios se han centrado principalmente en situaciones en las que las iglesias jóvenes tienen que adoptar una posición moral frente a ciertos males. Pero no hemos dejado de ver que la iglesia también tiene que enfrentarse con el mal en la cultura occidental. En el Occidente del siglo XX existen ejemplos frecuentemente más sofisticados, pero no menos horribles que los que hubo que enfrentar en Fiji en el siglo XIX. A la par del canibalismo tenemos la injusticia social que “devora” a los pobres, el estrangulamiento de viudas se asemeja a la opresión de la mujer; al infanticidio, el aborto, al parricidio, el descuido criminal de los ancianos, a las guerras tribales, la Primera y Segunda Guerras Mundiales y a la prostitución ritual, la promiscuidad sexual. Al considerar este paralelismo, es preciso recordar tanto la culpa adicional que corresponde a las naciones nominalmente cristianas, como también la valiente protesta cristiana contra dichos males, y los éxitos inmensos, si bien incompletos, que se han logrado en procura de mitigar dichos males. El mal adopta muchas formas, pero es algo universal, y dondequiera que aparezca, los cristianos tienen el deber de enfrentarlo y repudiarlo.

El proceso del cambio cultural

No es suficiente que los convertidos hagan un renunciamento personal a los males de su cultura; la iglesia toda tiene que trabajar en pro de su eliminación. De allí la importancia de averiguar cómo cambian las culturas bajo la influencia del evangelio. Por supuesto, el mal y lo demoníaco están firmemente atrincherados en la mayoría de las culturas y sin embargo, la Escritura exige el arrepentimiento y la reforma a nivel nacional, y la historia registra numerosos casos de cambio cultural para bien. En efecto, en algunos casos la cultura no es tan resistente al cambio necesario como podría parecer. Sin embargo, se requiere gran cuidado al procurar iniciar un proceso de esta naturaleza.

En primer lugar, “la gente cambia cuando quiere y como quiere”. Esto parece ser axiomático. Más aún, quieren cambiar únicamente cuando perciben los beneficios positivos que el cambio

traerá aparejado. Estos tendrán que ser cuidadosamente discutidos y pacientemente demostrados, ya sea que los cristianos estén proponiendo en un país en desarrollo los beneficios de la alfabetización o el valor del agua limpia, o en un país occidental la importancia del matrimonio estable y la vida en familia. En segundo lugar, los testigos transculturales en el Tercer Mundo tienen que sentir gran respeto para con los mecanismos existentes para los cambios sociales en general, y para con los “procedimientos correctos para la innovación” en cada cultura particular.

En tercer lugar, es importante recordar que virtualmente todas las costumbres cumplen funciones importantes en el seno de la cultura, y que hasta las prácticas socialmente indeseables pueden cumplir funciones “constructivas”. Siendo esto así, nunca debe abolirse una costumbre sin primero determinar su función para sólo entonces sustituirla por otra costumbre que cumpla la misma función. Por ejemplo, puede estar bien desear la abolición de algunos de los ritos de iniciación asociados con la circuncisión de adolescentes y algunas de las formas de educación sexual que la acompañan. Esto no significa negar que los procesos de iniciación no tengan una buena medida de elementos valiosos; debe tenerse mucho cuidado para asegurar que se proporcionan sustitutos adecuados para los ritos y formas de iniciación que la conciencia cristiana querría ver abolidas. En cuarto lugar, es esencial reconocer que algunas prácticas culturales tienen un sustento teológico. Cuando es así, la cultura cambiará sólo cuando cambia la teología. Por ejemplo, si a las viudas se las mata para que sus esposos no entren al otro mundo desatendidos, o si a los ancianos se los mata antes que lleguen a la edad senil, a fin de que en el otro mundo sean fuertes para poder luchar y cazar, entonces dichas muertes, al estar fundadas en una falsa escatología, serán abandonadas únicamente cuando en su lugar se acepte la alternativa mejor de la esperanza cristiana.

■ Preguntas para discutir

1. *¿Puede descubrirse en toda cultura la “imagen de Cristo”? ¿Cuáles son sus ingredientes?*
2. *En nuestra propia cultura, ¿Qué se esperaría que deje de inmediato un nuevo convertido?*
3. *Elíjase alguna “costumbre institucionalizada” de su país que los cristianos esperan que “desaparecerá gradualmente” (v.g. la poligamia, el sistema de castas, el divorcio demasiado fácil o alguna forma de opresión) ¿Qué pasos activos deben dar los cristianos para trabajar en pro de su cambio?*

Conclusión

Nuestra consulta no nos ha dejado ninguna duda acerca de la importancia de la cultura, dados sus penetrantes efectos. La redacción y lectura de la Biblia, la presentación del evangelio, la conversión, la iglesia y la conducta, todo esto está influido por la cultura. Resulta esencial, por lo tanto, que todas las iglesias contextualicen el evangelio a fin de compartirlo efectivamente en su propia cultura. Para esta tarea de evangelización todos conocemos la urgente necesidad que tenemos del ministerio del Espíritu Santo. El es el Espíritu de la verdad que puede enseñar a cada iglesia como relacionar su mensaje con la cultura que la envuelve. Es también el Espíritu del amor, y el amor es “el lenguaje... que se entiende en todas las culturas del hombre” ¡Que Dios nos llene de su Espíritu!

Entonces, hablando la verdad en amor, crecemos en Cristo, que es la cabeza del cuerpo, para la eterna gloria de Dios (Ef 4: 1-5).

NOTA: Las citas de este Informe cuya fuente no se menciona han sido tomadas de diversos trabajos presentados en la Consulta.

Asistentes

Participantes: (Firmantes del Pacto de Lausana y/o comprometidos con su estructura y comprensión de la misión).

Dr. Skqhir Athyal, Director y presidente del unión Bibgcal Seminary, Yavatmal, India.

Dr. Kwme Bediako, Docente en Estudios Bíblicos y Teología, Christian Service College, Kumasi, Ghana.

Prof. Dr. Pater P. J. Eleyerhaus, Profesor de Misiología y Evangelismo, Universidad de Tübingen, Alemania Occidental.

Prof. Robinson Cavalcanti, Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Federal de Recife y en la Universidad Rural de Pernambuco, Brasil.

Dr. Chonpahn Cho, Presidente y Profesor, Seminario Teológico de Seoul, ciudad de Bucheon, Corea

Dr. Harvie M. Conn, Profesor Asociado de Misiones y Apologética, Westminster Theological Seminary, Chestnut Hill, Filadelfia, Pennsylvania, U.S. A,

Rev. Dr. Orlado E. Costas, Wctar, Centro evangélico Latinoamericano para Estudios Pastorales (CELEP), San José, Costa Rica.

Edward R. Dayton, Director, MARC, Monrovia, California, U.S.A.

Cand. Teol. Tormond Engelsviken, Docente en Teología, Escuela de Misiones de Fjellhaug, Oslo, Noruega.

Dr. John A. Gration, Profesor Asociado de Misiones, Wheaton Graduate School, Wheaton, Illinois, USA

Dr. Donald R. Jacobs, Director, Mennonite Christian Leadership Foundation.

Dr. F.S. Khair-Ullah, Director, Creative Writing Project of M.I.K. Pakistan.

Dr. Harles H. Kraft, Profesor de Antropología y Estudios Africanos, School of World Mission, Fuller Theological Seminary, Pasadena, California, U.S.A.

Rev. Dr. S. Ananda Kumar, Profesor de Estudios Bíblicos, Karnataka Theological College, Karnataka State, South India.

Dr. Jacob A. Loewen, Consultor de Traducciones para el África Oriental Central con las Sociedades Bíblicas Unidas.

Dr. I. Howard Marshall, Docente en Exégesis del Nuevo Testamento, Universidad de Aberdeen, Escocia.

Dr. I. Wayan Mastra, Presidente de “Gereja Kristen Protestan di Bali”, Indonesia.

Bruce J. Nocholls, Secretario Ejecutivo, Comisión teológica, World Evangelical Fellowship

Rev. Gottfried Osei-Mensah, Secretario Ejecutivo, Comisión de Lausana para la Evangelización Mundial.

Rev. Dr. James J. Parker, Rector Asociado, Trinity College, Bristol, Inglaterra.

Dr. C. René Padilla, Director de Ediciones Certeza, Comunidad Internacional de Estudiantes evangélicos.

Dr. William E. Pannell, Profesor Asistente de Evangelismo, Fuller Theological Seminary, Pasadena California, U.S.A.

Rev. Pedro Savage (coordinador de la Consulta) Coordinador, Fraternidad teológica Latinoamericana, miembro del personal de Partnership in Mission y de la I.F.E.S. Latinoamericana.

Rev. John Stott (Presidente de la Consulta) Rector Emérito, All Soul's church, Langham Place, Londres, Inglaterra.

Rev. Tite Tienou, Director de la Escuela Bíblica de Bobo Dioulasso, Upper Volta y Secretario Ejecutivo de A.E.A.M. (Comisión teológica)

Dr. Alan R. Tippett, Investigador honorario, St. Mark's Library, Canberra, A.C.T. Australia.

Rev. Canonigo James Wong, Pastor Anglicano y coordinador de la Conferencia de Líderes Asiáticos sobre el Evangelismo, Singapur.

Consultores: (que simpatizan en general con el Pacto de Lausana)

Obispo Kenneth Cragg, Docente en Estudios Religiosos, Universidad de Essex, y Obispo Asistente en Chichester, Inglaterra.

Rev. Alfred C. Krass, Co-director de la revista The Other Side.

Canonigo Prof John Mbiti, Director del Instituto Ecuménico Bossey, del Concilio Mundial de Iglesias, Ginebra, Suiza.

Obispo Stephen Neill, Wycliffe Hall, Oxford, Inglaterra.

Visitantes (contribuyente a una consulta comprometida con el Pacto)

Rev. Louis J. Luzbetak, Presidente, Divine World College, Epworth, Iowa, U.S.A.

